

PABLO DE OLAVIDE (1725-1803)

*PAULINA O EL AMOR DESINTERESADO*

PROLOGO

*El lector que al concluir esta novela no se sienta tan dulcemente interesado al amor casto, puro y virtuoso, y no deteste el libertinaje y la lujuria que tanto afean á este sentimiento necesario al hombre, este lector digo, creará su fábula una mera ficcion, imposible de encontrarse en el mundo. Mas por fortuna no es así: aun hay almas virtuosas que prefieren las delicias inocentes del afecto de un corazon puro á todos los goces del deleite vicioso y fugaz. En la novela que sigue encontrarán un hermoso ejemplo de dos amantes verdaderamente envidiables; y es tan hermosa é irresistible la virtud, que parece prudente no prevenir al lector con reflexiones serias, que no valdrian nada en comparacion de los sentimientos que ella sabe despertar.*

Una noche de invierno, que Doña Clara de Postigo volvía á recogerse á su casa, despues de haber hecho oracion en Atocha, oyó cerca de la puerta de las Delicias los gritos de una criatura, y pasando por delante de ella vió en efecto una niña, que parecia de muy poco tiempo, y que lloraba sin consuelo. Se le acercó para acariciarla, y viéndola pasada de frio y sola, se compadeció. Volvió los ojos á todas partes por si veía alguna persona que la buscara, y no vió á nadie. No se atrevió á dejarla tan abandonada, y le pareció esperar allí hasta que alguno viniera. Pero habiendo estado mas de una hora traspasada ella misma de frio, se resolvió á tomarla en sus brazos, y llevarla al Alcalde del cuartel, á quien dió cuenta de todo.

El Alcalde envió al sitio en que se encontró, para examinar si habia alguno que la buscara. Pero despues de largo tiempo le vinieron á decir, que no habia parecido nadie. No se pudo saber como estaba tan abandonada esta criatura, y la conjetura mas verosímil, fué que sería hija de una madre muy pobre, que no pudiendo mantenerla la habia espuesto á la conmiseracion pública. Era pues indispensable buscarle algun abrigo, y el Alcalde pensaba en enviarla á los huérfanos. Pero Doña Clara le dijo: yo soy una pobre viuda de un teniente coronel, no tengo mas renta que mi viudedad, que apénas me basta para vivir con escasez. Pero el cielo me ha enviado esta criatura; pues haciéndome pasar junto á ella en el momento de su desamparo, me indica que me la destina, y que su providencia me la encarga. El mismo cielo no concedió á mi matrimonio la bendicion de la posteridad, y ahora parece que quiere suplirme aquella falta con esta hija. Yo la adoptaré, y la misma providencia me dará los medios, ó yo me sujetaré á algunas privaciones para mantenerla. Dádmela pues, y si sus padres parecen la hallarán en mi casa.

El Alcalde, que conocia á Doña Clara, y que sabia que era muy estimada por su notoria honradez y virtud, lejos de tener dificultad en confiársela, elogió su generosidad, y se la entregó. Doña Clara la hizo criar, la dió el nombre de Paulina, porque la encontró el dia de aquel Santo, y en breve tiempo la quiso como si fuera su propia madre. Ya hubiera sentido el que sus padres viniesen á quitársela; pero cuando vió que pasáron muchos años sin que nadie la reclamase, esperó conservarla. La tierna Paulina se formaba, y cada dia parecia mejor. Cuando llegó á la edad de doce años, ya era una muchacha hermosa. Su talle era fino y delicado, sus ojos negros despedian centellas, sus cabellos copiosos eran rizados, sus dientes eran blancos, limpios y puestos con un órden admirable. En fin, una sonrisa dulce y tierna, muchas gracias, y un espíritu natural, vivo, chistoso y sensible, habian hecho de ella un sugeto precioso, que inspiraba cariño á cuantos la veian.

Doña Clara no habia podido darla mas que una educacion muy sencilla; pero la habia acostumbrado á la virtud, y á temer y amar á Dios, á estimar la honestidad, á mirar el honor como la ley suprema, y la conciencia como el mas respetable soberano. En lo demas no la pudo hacer aprender ninguna habilidad. Sus medios no se lo permitian, y como por otra parte vivia retirada sin tratar mas que con un corto número de amigos, tan virtuosos y retirados como ella, Paulina no pudo estender sus ideas, ni adquirir ninguna experiencia del mundo. Así conservó largo tiempo la feliz y tranquila ignorancia, que no conoce los vicios, y que aleja la triste desconfianza. Paulina inocente y buena, no sabia que era posible ser mala; juzgaba por su corazon que todos eran buenos, y se habia figurado que los hombres no habian nacido mas que para servir á Dios, para amarse unos á otros, y socorrerse mútuamente.

Con tantas gracias, y tantas prendas, Paulina no podia dejar de ser muy amable. Su candor, su inocencia y su alegría la hacian interesante para todos. ¡Cuánto mas debia serlo para Doña Clara, que veia tambien logrado el objeto de sus atenciones! Solia decir, que la providencia la habia recompensado su ligera caridad, con la abundancia digna de su grandeza, pues la daba en la hija que habia adoptado tantas satisfacciones, que ellas solas hacian la felicidad de su vida. Pero por lo mismo que la idolatraba, veia con dolor, que su muerte dejaria á Paulina sin asilo, y este era el único torcedor que la afligia sin cesar.

En su cuarto bajo vivia un famoso pintor, llamado Cano, y su muger Doña Felipa. Tambien vivia con ellos una hermana del pintor, llamada Doña Tomasa. Esta era una familia honrada y recogida. Una vecindad tan inmediata, y la conformidad de genios y costumbres los habian unido con mucha intimidad, y solian pasar juntos una parte de la noche. Tomasa tenia ya mas de cuarenta años, y no habia querido casarse. Pero habiendo sido criada por una pariente rica, y que trataba con gentes de modo, habia adquirido la urbanidad, y delicadeza que se pega á los que tratan con ellas. No era hermosa, y era pobre; pero su buen natural, su honestidad, y su dulzura la hacian estimar de todo el mundo, y era amiga particular de Doña Clara.

Como Cano y su hermana venian con frecuencia á casa de Doña Clara, se hablaba mucho de pintura. Paulina como niña se habia puesto muchas veces á dibujar groseramente los objetos que le caian en la mano, y Cano creyó descubrir en ella una gran disposicion para

el dibujo. Ella retrataba flores, y formaba figuras, que no dejaban de tener rasgos de semejanza, y proporciones que sorprendian al pintor. Al principio se contentaba con indicarle los defectos, se los corregia con una pincelada de su mano; pero observó, que cada instruccion suya era un golpe de luz para Paulina, que todas sus lecciones eran útiles, que no volvia á caer en los mismos defectos, y en fin, que jugando habia llegado á dar una gran correccion á sus obras. Como conoció que la naturaleza la habia dotado de un genio extraordinario, y que si se aplicaba seriamente, seria de un singular talento. Se lo dijo á Doña Clara, y se ofreció, si queria, á darla algunas lecciones, y cultivar una disposicion tan feliz. Doña Clara se lo agradeció mucho, le esplicó la pena con que vivia de no tener que dejarla, y el consuelo que la daba, haciéndole esperar, que tendria una ocupacion honesta con que poder vivir.

Desde aquel dia Cano se aplicó seriamente á enseñarla. La trajo modelos, corregia sus copias, y en fin la puso en estado de que pudiese cultivar con utilidad este estudio. Paulina, dócil, inteligente y atenta hizo tantos progresos, que el mismo maestro estaba sorprendido, y decia, que con el tiempo su pincel seria distinguido y admirado. Ya le era muy útil porque no solo le preparaba los trabajos, sino sacaba con acierto sus copias. En esta situacion una fiebre maligna sorprende á Doña Clara.

Paulina y Tomasa no se apartaban de su cabecera, y la sirvieron con todo el interes de una hija, y de una amiga. Pero á pesar de todas sus atenciones, en cinco días la muerte la arrebató de entre sus brazos. Tomasa arrancó á Paulina del lecho funesto, la condujo al cuarto de su hermano, y se encerró con ella, la dió tiempo para que se desahogara, derramando un diluvio de lágrimas, y tuvo la prudencia de permitirle esta dulzura tan necesaria á los corazones afligidos. Hay almas duras, ó poco reflexivas, que con el pretexto de aliviar las penas, pretenden impedirles gemir de sus dolores. Los genios insensibles ó necios no ven otro remedio, que el de quitar ó disminuir la libertad del llanto. Pero este celo indiscreto se acerca mucho á la dureza, y en aquellos momentos, léjos de que puedan tranquilizar los discursos vanos, y las frias consideraciones, traspasan una alma que ya está herida de su dolor. Es insensato y ridículo pretender, que un infeliz que se siente atravesar el corazon, parezca insensible al dardo que lo hiere.

Tomasa fué nombrada por la difunta, su albacea y tutora de Paulina, y desempeñó altamente su confianza. Vendió los muebles y efectos y con ellos compuso una pequeña cantidad que puso á interes en favor de su pupila. El pintor á quien era ya muy útil, y que esperaba que cada dia lo seria mas, deseó quedarse con ella, prometiendo cultivar sus disposiciones, y ponerla presto en estado de sostenerse con su habilidad. Tomasa y Paulina aceptaron la oferta, y desde entónces se resolvió, que se quedaria en casa del pintor, lo que tambien agradó á Doña Felipa su muger.

El dolor de Paulina fué mas serio y profundo de lo que parecia comportar su edad: lloraba con mucha ternura á Doña Clara, y la lloraba amargamente, aunque no podia conocer todavia lo que habia perdido con su muerte: lo que lloraba entónces era una amiga dulce, buena y afable, una indulgente y tierna compañera. Felipa no era capaz de recompensarle la pérdida de tan preciosa amiga. Su carácter era frívolo, ligero, que no se ocupaba de nadie, ni pensaba mas que en divertirse, y una persona afligida le parecia fastidiosa. Ya

tenia mas de treinta años, y con todo no tenia otro pensamiento que el de los pasatiempos y diversiones. Avara y de corto talento, ni tenia valor de gastar para procurarse placeres, ni sabia privarse de ellos, y para satisfacer sus deseos se acompañaba con mugeres, cuya reputacion no estaba intacta.

Su marido era un buen hombre, siempre ocupado en las cosas de su profesion, y por otra parte de una débil salud, la dejaba vivir á su gusto. Una sola criada anciana gobernaba la casa, y era la que se encargaba de todo, hasta de atender á la salud de su amo. Felipa iba á la comedia, al prado, no perdía paseo, volvía muy tarde á su casa, en fin, no hacia otra cosa; y el buen marido tampoco la decia nada. Su discípula siempre aplicada á su estudio, la veía poco. Apénas se encontraban á las horas de comer, y entónces se hablaban con cortesia, pero con mútua indiferencia.

Paulina pasó de esta manera cuatro años, sin que nada turbase la tranquila uniformidad de su vida; pero ya era un prodigio de su arte. No solo habia llegado al punto de perfeccion, á que su maestro pudo conducirla, sino que su gusto natural la hizo subir muchos grados mas arriba. El lo conocia, y lo confesaba sin rubor. Se aprovechaba del talento de su jóven discípula, la confiaba las obras mas encargadas, y le valian no solo utilidades sino reputacion. Pero viéndose enfermo, y las mas veces incapaz de trabajar por sí mismo, aconsejó á muchos que se dejasen retratar por ella, y estos ensayos empezáron á hacerla conocer.

Fuera de estas ventajas, Paulina con el retiro en que se ejercitaba, habia conservado la pureza de ideas, y la simplicidad de costumbres que habia aprendido en casa de Doña Clara. Ya tenia diez y siete años, y todavía sin haber perdido ninguna de las devociones, y toda la modestia con que habia venido á la casa, mantenía el mismo candor, la misma ignorancia del mundo, y la ingenua y sencilla buena fe con que creía, que todos eran tan buenos como ella. Ni conocia ni estimaba la cortesia ceremoniosa con que se afecta la benevolencia, y se finge la amistad. Su corazon no tenia ni aversion ni malicia. Sus atenciones eran simples, y despojadas de toda afectacion; pero eran verdaderas y naturales, y este carácter añadido á sus gracias, la hacian tan rara en su especie, como interesante y agradable.

El pintor la habia encargado que limpiase, y pusiese corriente una pintura, que habia hecho en otro tiempo, y que era el retrato de un caballero. El tiempo y los acasos la habian alterado, el dueño, cuyo retrato era, se la habia remitido, pidiéndole que la compusiese, para dársela á una hermana suya, que debia ausentarse, y se la pedia. La encargó la celeridad, porque ya estaba de partida; y el pintor, conociendo que Paulina lo haria mejor, y mas presto, se la habia confiado, recomendándole la diligencia. Paulina le prometió trabajar en ella con mucho celo, y en efecto se fué al estudio en que trabajaba el pintor de ordinario, y puso manos á la obra.

Apénas habia empezado, cuando siente abrir la puerta. Vuelve los ojos, y ve entrar un caballero, cuyo brillante traje, y los adornos que lo decoraban, debian escitar la atencion. Pero la ingénuá Paulina, con su candor acostumbrado, y embelesada en sus ideas, no hizo mas que suspenderse, y no se ocupó en otra cosa sino de confrontar la copia con el

original, porque reconoció, que el que entraba era el modelo de la pintura que componia. Embebida en este exámen, no se da tiempo para hablarle. Apénas le baja la cabeza, le hace con la mano señal de que se siente, y él obedece sin hablarla tampoco. Entónces Paulina fija los ojos sobre él, los vuelve después á la pintura, toma el pincel, y paseando la vista alternativamente sobre el caballero y la pintura, trabaja largo tiempo.

Este recibo singular divirtió mucho al Marques de San Leandro, que era el original del retrato, y que venia para que á su presencia le dieran la última mano, y recogerlo para dárselo á su hermana que lo esperaba. Había creido encontrar al pintor en esta pieza, en que trabajan de ordinario, y le pareció una aventura graciosa hallar en su lugar una linda muchacha, que se ocupaba tanto en contemplarlo. Este acaecimiento, que era simple, le pareció curioso y agradable; le divirtió, lo interesó y lo produjo una impresion muy viva; porque miéntras Paulina comparaba el original con la copia, él admiraba su hermosura, el fuego de sus ojos, y las gracias de su persona. Ya estaba impaciente por ver si su educacion y su espíritu correspondían á un exterior tan agradable; pero cuando se disponia á decirle alguna cosa, viene el pintor que le hace muchos cumplidos y largas excusas sobre no haber acabado su retrato.

El Marques, que ya no tenia tanta prisa, lo interrumpió, y se acercó á ver el trabajo de Paulina. Era inteligente, y observó que no solo lo habia retocado, sino que con cortos rasgos le habia añadido mucha semejanza, dejándolo perfecto, pero no dijo nada. El pintor sorprendido tambien de las mejoras, esplicó su admiracion; pero el Marques para hacer durar el placer que sentia de ver los ojos de Paulina fijos sobre los suyos, y poder mirarla mas á su gusto, fingió no estar contento. Halló muchos defectos tanto en la semejanza, como en el colorido y en el dibujo, y como todas estas críticas no eran justas, la linda discípula de Cano se burlaba de sus censuras.

El Marques á quien las vivezas de Paulina divertian mucho, no quiso ceder, y afectando que hablaba de veras, le pidió seriamente que se pusiese á su lado, y que examinase atentamente sino tenia razon. Paulina consintió. Ella vuelve á hacer el cotejo, y despues de algun examen declara, que la semejanza es perfecta, y que no hay mas que hacer. El Marques se ostina, quiere que retoque el retrato todavia. Ella no cede, dice que retocarlo es echarlo á perder, y con su ingenua sinceridad, y algun enfado, concluye, que no lo hará. El dulce son de su melodiosa voz, la propiedad de sus espresiones, y la viveza de su mal humor, escitado por las injustas críticas del Marques, acabáron de encantarle. Pidió que á lo menos, Paulina ya que no quería retocar su retrato, sacase otra copia. Se lo prometió, y no teniendo ya pretesto para prolongar mas la visita, salió con disgusto de aquella pieza. El pintor lo acompañó hasta el coche, y le informó de quien era su discípula.

El acaso habia presentado á los ojos de Paulina uno de los jóvenes más amables de Madrid. Su presencia era muy agradable, y su nacimiento distinguido. Descendia de una antigua y noble familia; pero que no era rica. Sus padres no le habian dejado mas bienes que las esperanzas de un pleito que sus abuelos seguían despues de muchos años, y que estaba para terminarse. Su pretension era que se le declarase heredero de una casa ilustre, que poseia cuantiosos mayorazgos, y si ganaba el pleito debia ser un hombre poderoso.

Un pariente suyo, que lo quería mucho, era entonces Ministro, y como lo conocía y le estimaba, tenía mucho influjo con él. Así se veía rodeado de lisonjeros, y gozaba de todas las distinciones que procura una tan alta protección en la corte; pero su buen corazón no abusaba. Modesto por carácter, ni la lisonja lo adulaba, ni la prosperidad lo pervertía. Era generoso por gusto, y huía de la ostentación. Su alma noble y delicada no estimaba su crédito sino podía hacer servicios y no deseaba riquezas sino para socorrer los infelices.

Así era muy estimado: su natural dulce y tierno le procuraba amigos, y él mismo deseaba tenerlos; pero se desconfiaba de su sinceridad; le parecía que los debía a su crédito, y al favor de que gozaba en la corte. Hubiera querido debérselos a sí mismo, y a la correspondencia de sus propios sentimientos. A los que reconocía aduladores los desdeñaba, y estos le hacían sospechar motivos de intereses en todos los que lo acariciaban.

Cuando el pintor volvió no dijo otra cosa a Paulina sino que era un señor muy distinguido y de mucho crédito en la corte, y ella con su natural candor le respondió: será lo que quisiere; pero es muy terco, y se mete a disputar sobre lo que no entiende. A pesar de este enfado se puso desde luego a hacer la nueva copia que le había pedido el Marques. Este se aprovechó de la ocasión para ir a verla al otro día, y con el mismo pretexto se acostumbró a volver todas las mañanas. La sencilla Paulina no atribuía tantas visitas sino a su deseo de ver acabar su retrato. Su inocente corazón, que no distinguía los peligros, no era desconfiado, su feliz ignorancia no le dejaba conocer el riesgo en que la vista de un hombre amable puede exponer a una mujer, y con la simplicidad de sus ideas no se alteraba su seguridad. La que no tiene la pretensión de gustar, gusta sin que ella misma se aperciba; y el amor que procura esconderse se parece tanto a la amistad, que es fácil engañarse.

El Marques cada día más encantado de Paulina, veía con disgusto que la copia se adelantaba, y que presto no tendría pretexto para volver. Entonces imaginó aprender a pintar, y como Cano estaba muy enfermo, y condenado a morir presto de un mal incurable, se decidió que Paulina le daría las primeras lecciones. La joven maestra empezó a enseñarle el dibujo. El dócil discípulo procuraba imitarla; pero ella se reía de su poca habilidad, y muchas veces le reñía, acusándolo de poca inteligencia; y quejándose de sus distracciones, le solía decir, mostrándole dos niñas que ella enseñaba, y que dibujaban en la misma pieza: estas dos criaturas se aprovechaban mejor de mis lecciones, y no tienen la cabeza tan dura.

Jamás el Marques había pasado momentos tan dulces. Era mucha delicia para él conversar tan familiarmente con una muchacha de diez y siete años, que era tan hermosa, sin saberlo; tan modesta, sin afectación; tan inocente, cándida y pura, y al mismo tiempo tan divertida, alegre y graciosa. Estaba encantado de ver que ni su distinción, ni su crédito le daban la menor sujeción. Que desde que lo veía manifestaba una satisfacción sincera, y que su ingenuidad no le permitía mostrar más que sentimientos verdaderos. Y cuando se veía sentado a su lado, cuando la llamaba su maestra, y la veía tomar una especie de autoridad, reprenderlo, darle con su lápiz sobre sus dedos, cuando él se esforzaba a corregirse, a complacerla y inspirarle alguna ternura, sin descubrirle su designio, todo

esto era para el Marques una ocupacion tan interesante, que poco á poco se olvidó de todas las vanas diversiones, que el mundo llama placeres, y que no sirven más que de entretener á los ociosos.

Felipa, que por la enfermedad de su marido, se veia forzada á pasar algun tiempo en su casa, fué la primera que se apercibió del amor del Marques. Hasta allí habia tratado á Paulina con mucha indiferencia y frialdad; pero viendo que era querida de un hombre de esta distincion, mudó de conducta. Empezó á hacer muy buena cara al Marqués, le hablaba con mucho alhago. Tuvo el arte de dejarlo muchos ratos á solas con Paulina, como si fuera por acaso; en fin, ganó su confianza. Empezó tambien á tratar mejor á Paulina. Parecia pesarosa de no haber reconocido su mérito, y apreciar mas su amistad. Le hizo tiernas caricias; se informó de lo que habia menester, de lo que deseaba, y la satisfacía. Por este medio su situacion se hizo mas dulce, y su buen corazon agradecido olvidó presto la larga frialdad de esta muger. Despues de todo, ella no se habia apercibido mucho, porque siempre ocupada no pensaba en lo que la otra hacia, ni su indiferencia la habia hecho mal. Los defectos de otros, cuando no nos perjudican, no suelen chocarnos demasiado.

Cano estaba ya en sus últimos días, y la certidumbre de su muerte hacia correr las lágrimas de su discípula. Tambien estaba inquieta de su propio destino. Tomasa estaba en un viage. Habia ido á consolar una amiga suya, que habia quedado viuda. Le prometió escribirle siempre, y le escribió en efecto, los primeros correos; pero despues de un mes no habia recibido carta suya. Paulina le escribió, esponiéndole su situacion, y pidiéndole consejo; pero tampoco recibió respuesta, y esto era un nuevo motivo de inquietud. Estaba enferma, ó no queria aconsejarla sobre el partido que debia tomar á la muerte de su maestro. Con su natural franqueza declaró sus temores á Felipa; pero esta le aseguró, que Tomasa estaba buena, y se quejó amorosamente de que se creyese en la necesidad de pedirle consejos. ¿Me crees, le dijo, capaz de abandonarte? ¿Quisieras tú dejarme? No, Paulina mia, jamás nos separaremos. Yo partiré contigo lo poco que tenga.

Esto tranquilizó á Paulina, pero quedó picada de Tomasa, pareciéndole que la abandonaba en el momento en que necesitaba mas de su amistad. No ostante, no podía conciliar esta indiferencia con su carácter benéfico y caritativo, ni con las muchas pruebas que la habia dado de amor, y buena voluntad. Las caricias de Felipa, y las pequeñas comodidades que le procuraba, acabáron de ganarle el corazon, y su resentimiento fué menos vivo, porque su alma buena, amante y generosa no sabia conservar ningun movimiento desabrido.

Entónces llegó el tiempo en que el Marques debia ir á su regimiento, y esta idea lo abatía. Cuanto mas se acercaba el momento de partir, tanto mas parecia disgustado y pensativo. Paulina se apercibió de la mudanza de su humor. Le riñó por su silencio, y se enfadó de verlo tan distraido. Al fin le conoció su tristeza, porque pasaba el tiempo de la leccion en suspirar, en quejarse de un disgusto secreto, de una pena interior, y no aprovechaba nada. Paulina se enterneció, y con su candor natural le preguntó el motivo. El se escusaba. Ella insistió con mucha fuerza; pero viendo que no se lo queria decir, y que sus instancias lo entristecian mas, no se atrevió á porfiar, aunque no lo dejó de sentir. Se contentaba con

mirarlo con ojos inquietos y curiosos, y viendolo siempre melancólico, no se atrevia á hablarle. Se decia á si misma. ¿Que tiene pues? Yo lo creia muy dichoso.

Pero miéntras ella estaba tan inquieta del dolor del Marques, este viendo el triste desamparo en que debia quedar por la muerte del maestro, no podia disimularse que Paulina le habia inspirado un sentimiento demasiado vivo y peligroso, y sospechaba habérselo inspirado á ella; pero los estímulos del honor, y sus principios de religion lo habian determinado á no abusar jamas del ascendiente, que habia podido adquirir sobre una muchacha inocente é ingenua. Hasta allí habia gozado sin reflexion ni designio del dulce trato que le presentó el acaso, con una jóven tan interesante y amable. Y viendo ahora que el viage que estaba forzado á emprender hacia nulo su propio peligro, y que ella quedaba en el mas miserable abandono, no pensaba mas que en el modo de asegurarle una existencia independiente y honrada, y por solo el interes de hacerla feliz.

No estimaba mucho á Doña Felipa; pero no teniendo á la mano otro medio mas decente, se declaró con ella. Le pidió que si acaecia la muerte de su marido, no separarse de Paulina, que él le haria recibir una mesada para que la pudiese mantener; pero que le encargaba seriamente, que Paulina no supiese jamas la mano de donde venia. Este proceder era estraño, y nuevo para Felipa. No podia concebir que un amante, que era tan liberal, tuviese tanto empeño en esconderse: así le dijo: ¿cómo quereis que Paulina os ame, si vos le escondeis la pasion que os inspira, si no quereis que sepa el bien que le haceis? Sí, le respondió: deseo mucho que no lo sepa. Yo la amo mucho, pero no quiero seducirla. Yo quiero que sea libre, y no forzarla con mis beneficios á que me corresponda.

Felipa ofreció al Marques conformarse con sus intenciones, y guardarle secreto. Tambien le prometió escribirle, y darle cuenta de todo lo que Paulina hacia; y habiendo llegado la víspera del dia en que debia partir, á la misma hora en que acostumbraba venir á tomar su leccion, Paulina recibió una caja muy rica en que estaba el retrato suyo que ella habia retocado, y un papel que decia así:

«Yo voy á partir, mi querida maestra, un deber indispensable me priva del gusto de veros, y aprovecharme de vuestras lecciones, pero no las olvidaré. En mi triste y larga ausencia, mi único consuelo será acordarme de ellas, y repasarlas: ocupaos algunos momentos en mirar ese retrato, y sacad muchas copias para multiplicar la imagen de un amigo que os ama tiernamente. No me olvideis. Yo fuera muy dichoso, si vos desearais verme.»

Paulina se quedó tan sorprendida como apesadumbrada leyendo este papel. En la primera emocion se dijo: pero ¿porqué se va sin despedirse de mí, y sin haberme dicho nada? Despues volvió á leer muchas veces el papel, y estaba como picada de que le hubiera hecho tanto misterio. Poco á poco se enterneció, y la tristeza sucedió al enfado. Ya estaba acostumbrada á ver al Marques todos los dias, á hablarle, y pasar con él muchas horas, y de repente se veia privada hasta del placer de esperarlo. Sus ojos se llenan de lágrimas, y los fija largo tiempo sobre el retrato. No lo examina ya como pintura, y halló que el Marques tenia razon en no estar contento de la obra, y se decia: sin duda que estas son sus facciones, que esta es su figura; pero ¿dónde está el alma, el espíritu, y la gracia de su

fisonomía? ¿Dónde estan sus miradas tan penetrantes, y al mismo tiempo tan dulces, que pintaban todos los hechizos de la amistad? ¿Cuántos rasgos delicados se me escaparon? ¿Dónde está su aire fino y tierno, su sonrisa graciosa y delicada, su aspecto tan lleno de grandeza y dignidad? Y en fin tantas gracias que derrama por todas partes. Diciendo esto tomó el pincel y empezó otro retrato de memoria, pensando que lo haría mejor.

Pero se vió obligada á interrumpir este trabajo por la muerte del pobre Cano. Paulina, que lo amaba mucho, lo lloró amargamente, y su viuda por no verse entre lutos y tristezas, se apresuró á dejar aquella casa, y encargando á un pariente el cuidado de todo, desde que pudo retirarse con decencia, se fué con Paulina á Aranjuez, donde halló una casa muy linda, y todo lo necesario para estar bien. Paulina lloraba todavía; pero el aspecto magnífico de este Sitio encantador, sorprendiendo todos sus sentidos, empezó á calmar su disgusto. Poco á poco las habitaciones, los jardines, el esmalte y perfume de las flores, y en fin la vista de tantas hermosuras acabáron de serenarla. Estaba encantada, y decia á Felipa: ¿quién te ha prestado esta casa tan linda? ¡Dichosos los que viven aquí!

Si para ser dichosa te basta vivir aquí, siempre lo serás porque sabe que esta casa es mia, y que ahora soy rica, y con este motivo le contó una historia fingida de una herencia que habia hecho. Como Paulina no conocia los usos, ni las cosas del mundo, la creyó fácilmente. Se contentó con darla la enhorabuena, y le quedó muy agradecida, porque Felipa la ofreció hacerla gozar de las ventajas de su nueva fortuna. En efecto la dió el mejor cuarto de la casa, la hizo vestir lucidamente, quiso que tuviese una criada. Despues la hizo tomar maestros de baile y de música, y Paulina hacia grandes progresos en todo. El deseo de dar gusto á Felipa, á quien debia tanto, la hacia aplicarse, y la esperanza de que el Marques la encontrase á su vuelta mas instruida, mas amable, y mas digna de su amistad, no era el menor estímulo de su aplicacion.

El Marques habia concertado con Felipa todo lo que esta hacia. Cuando partió se había propuesto escribir con frecuencia á Paulina; pero habiendo experimentado, que no podia escribirla, sin que sin sentir su pluma, se abandonase á toda la ternura de su corazon, despues de haber empezado y roto muchas cartas, se resolvió á contentarse con recibir las cartas de Felipa. Esta le instruia todos los correos de la salud de Paulina y sus ocupaciones, y supo con mucho placer los progresos que hacia. Pero dos personas de carácter diferente, no pueden estar contentas en la misma situacion. Felipa á fuerza de ver los mismos objetos, se empezó á cansar. Como sus diversiones se reducian á paseos, y que allí no tenia ni comedias, ni las grandes concurrencias, ni las visitas, ni el trato de sus amigas tan frívolas y necias como ella, empezó á sentir la falta de todo esto, y como á arrepentirse de haberse obligado á una vida tranquila, muy contraria á su gusto, y solo la sostenia el dinero que sacaba de su condescendencia, y la esperanza de que á la vuelta del Marques todos se volverian á Madrid.

Paulina por el contrario, acostumbrada al retiro vivia contenta, todo la divertia. No solo las artes la repetian siempre espectáculos interesantes y agradables, pero la naturaleza misma no le agotaba sus hermosuras. Los apreciables rayos de la Aurora, las noches serenas de un brillante día, los bosques, los prados, el canto de los pájaros, y las producciones variadas de la tierra, eran para ella objetos de placer, ó asuntos de

meditaciones deliciosas. La memoria del Marques animaba su corazon sin turbarlo. Gozaba de la dulzura del sentimiento, sin amargarla con la fuerza de la pasion. Deseaba ver al Marques, pero sujeta siempre á la razon, este deseo no era impaciente, ni le producía movimientos penosos. Así nada alteraba su felicidad.

Cuando una alma siente que está bien, no va mas adelante. Una situacion dichosa no provoca á reflexionar, porque nadie se atormenta por conocer la causa de la dicha que tiene. El bien estar nos parece un estado natural. Es su interrupcion la que nos turba, la que nos agita. Las desgracias son las que nos instruyen, las que estienden nuestras ideas, las que dan inquietud al alma, y actividad al espíritu, porque el dolor nos obliga á buscar en nosotros fuerzas para sufrirlo, ó recursos para desviarlo.

En fin llega el Otoño. El Marques vuelve á Madrid, y despues de haber cumplido con lo que debia, se fué á Aranjuez, y se dirige á la linda casa que habia procurado á Paulina. Esta estaba sola, y desde que oye el nombre del Marques, da un grito de alegría, se levanta, vuela para encontrarlo, le hace muchas preguntas, le da otras tantas quejas, y le muestra con su ingenuidad todo el gusto que siente de volverlo á ver. El Marques conmovido, y penetrado de tan afectuoso recibo, se queda suspenso, y está algun tiempo sin poder hablar. Contemplaba á Paulina con tanto asombro, como satisfaccion. Hasta allí no la habia visto mas que con un traje aseado, pero simple, y sin deber sus encantos mas que á la frescura y la perfeccion de su hermosura natural. Pero entónces la veía vestida con todos los adornos de la moda, y con todas las gracias de las artes.

Por otra parte, el despejo de sus movimientos, la nobleza de su presencia, y la dignidad decorosa que sienta tanto á la hermosura inocente, le inspiráron una especie de respeto. Le pareció verla por la primera vez, y que nunca la habia visto tan hermosa, y estos sentimientos fueron tan vivos, que el Marques pasó muchos dias con ella, sin poder sacudirse de un aire tímido y embarazado. Ya no se atrevia á llamarla su maestra. Ya le costaba mucho tomar con ella su antiguo tono, alegre y familiar. Y en fin pasó momentos de pena y sujecion. Pero al mismo tiempo le consolaba ver gracias tan simples, y alagos tan sinceros. El ingenuo corazon de Paulina le dejaba ver en sus ojos las espresiones del amor, con todos los hechizos de la inocencia.

Todavía no se habia finalizado el pleito de que dependia su fortuna, y miéntras no se terminaba, no podia tomar partido. La necesidad de no disgustar á un pariente, á quien debia tanta gratitud, el temor de los discursos del mundo, y de las opiniones recibidas eran otros tantos ostáculos que lo separaban de Paulina, y su razon sana y decorosa, no pensaba en forzarlos. Pero cada dia su pasion se aumentaba, y cada dia era mas visible el amor de Paulina. Ya no se podia desconocerlo. Ya no se podia disimular, que habia encontrado el corazon que podia hacerlo feliz únicamente. Pero la diferencia del nacimiento le quitaba toda esperanza de obtenerla por medio de un matrimonio, y la honestidad de su alma, y la severidad de los principios religiosos, no le permitian envilecer una jóven tan pura y estimable, ni comprar su honor con sus beneficios. Pensó muchas veces en no verla, creyendo que este seria el medio de distraerlo; pero cuando se repretaba la dureza del remedio, le repugnaba, y cuando pensaba en el placer que recibia

Paulina con su presencia, y la pena que con su ausencia sufriría, no tenía valor para resolverse.

Esta idea fué tan poderosa en su corazón, que fijó sus vacilaciones, y se determinó á no mudar de conducta. Es verdad que Paulina no veía en él mas que un amigo sincero, continuo y obsequioso, que no pensaba mas que en divertirla, y se contentaba con el placer de agradarla. Los momentos que estaban juntos pasaban rápidos. Aunque no se daban mas que por amigos, sus corazones sentían que eran amantes, sus labios no lo articulaban, pero con los ojos se lo repetían. Su deseo de agradarse era recíproco, y tan vivo en el uno como en el otro. Las mas tiernas finezas, las mas delicadas atenciones fomentaban este comercio íntimo. Al Marques le bastaba para ser feliz, y la inocente Paulina, que no tenía otra idea, tampoco tenía ni más ambición ni mas deseos, y gozaba de tanta dulzura, sin temor ni inquietud. Pero su desgracia turbó tanta tranquilidad, y haciéndole perder su feliz ignorancia, estuvo para hacerle perder toda su dicha.

El invierno se acercaba, y el Marques tenía que estar en Madrid para hacer las diligencias de su pleito, y para ver á Paulina con mas facilidad, le propuso que viniese también. Paulina que no deseaba mas que darle gusto, consintió desde luego, y Felipa, que despues de la ausencia de la Corte se cansaba mucho, recibió esta proposición con ansia. El Marques hizo pues alquilar una casa pequeña, pero cómoda, y las llevó allí. Al mismo tiempo la hizo dar vestidos mas lucidos por mano de Felipa, y como si vinieran de ella. Paulina los admitía como pruebas de su amistad, pero no mostraba mucho calor en vestirlos, y mostrarse con ellos. Como no deseaba parecer bien á los hombres, ni causar envidia á las mugeres, no daba á las galas todo el precio con que estas las estiman por lo comun. No ostante, un dia que Felipa supo que el Marques iba al sitio, y que no volvería hasta muy tarde, la pidió que se vistiera con los nuevos arreos, y la llevó á la comedia. Su designio era inspirarle gusto á los placeres que ella prefería, y obligar al Marques á que les dejase gozar de ellos.

La novedad de los objetos fijó toda la atención de Paulina. Sorprendida y embelesada con lo que veía, no se apercibió que el patio, los palcos, y la luneta tenían los ojos sobre ella, y que todos parecían tan encantados de verla como espantados de no conocerla, ni saber quién era. Como vieron la presencia decente de Felipa, acompañada de una muchacha muy bien vestida, que parecía muy modesta, y de una figura muy noble, se figuraron que eran dos señoras madre é hija, que acababan de llegar de alguna provincia. Todo el tiempo que duró la comedia, los ojos del público no se apartaron de Paulina; y cuando acabó y salió de su palco, se vió cercada de todos los jóvenes majos que querían verla de mas cerca, y que la fastidiaron con sus alabanzas venales, y sus ofrecimientos importunos.

Paulina se desembarazó de ellos, pero como estaba ya en la puerta exterior para tomar la calle, ve pasar á Tomasa, que iba con otra muger. Verla, gritar, correr hacia ella, echarla los brazos, y decirla, Tomasa mía, mi querida Tomasa, fué todo un instante, y con movimiento tan rápido, que Tomasa no pudo ni prevenirla ni detenerla; pero embarazada, y como corrida del encuentro, la recibió con mucha frialdad. Procuraba alejarla de sí blandamente, y con voz baja la decía: ya se acabó ese tiempo. ¿Porqué ahora tanto calor,

después de tanto olvido? Déjame tranquila. Ya no podemos andar juntas. Yo debo cuidar de mi reputación, y tú no sentirás perder una inútil amiga. -¡Perder mi amiga! ¿Y porqué la perderé? ¿Qué he hecho yo para perderla? ¿Qué, querida Tomasa, ya no me quieres, y tienes el valor de decírmelo? -Yo te quiero siempre; pero amable y mal aconsejada amiga ¿cómo es posible que yo te vea, después que?... ¿Quién me hubiera dicho, que la virtuosa Paulina podía?... Muy guapa te veo; pero estabas mil veces más hermosa cuando eras inocente. Paulina quería responderla, pero la mujer que acompañaba a Tomasa la llamó, y esta se fué con celeridad. Paulina quedó petrificada, inmóvil, y sin acertar a dar un paso.

Felipa no se había atrevido a acercarse, ni hablar a su cuñada; pero viendo que se alejaba, fue a tomar a Paulina por la mano, y la llevó a su casa. Tampoco se atrevía a preguntarle nada, y esperaba que ella hablase la primera, para juzgar por sus discursos lo que le había dicho. Tomasa la parecía imposible, que en tan corto tiempo hubiera podido decirle mucho; pero Paulina no hacía más que gemir y suspirar. Todos sus pensamientos se ocupaban en repetirse las palabras de Tomasa, y en penetrar su sentido. Se veía sumergida en un abismo de ideas, sin poder detenerse en ninguna que la tranquilizase. ¿Porqué está Tomasa disgustada conmigo? ¿Qué quiere decir esas palabras interrumpidas y enigmáticas? ¿Porqué se ha mudado tanto mi mejor amiga? ¿No es ella la que ha sido depositaria de lo que me ha dejado la generosa Doña Clara? ¿No es ella la única que se interesaba por mí? ¿Qué he hecho yo para desmerecer su amistad?

Luego haciendo otras reflexiones, decía: lo que parece le enfadaba más era verme tan guapa; y dice, que yo estaba mejor cuando era inocente; pero yo lo soy todavía. ¿Qué es pues lo que imagina? Pero puede ser que no me crea inocente porque piensa que yo no debía dejarme poner tan guapa: que los adornos no me convienen: que este traje puede atraer los ojos sobre mí, recordar mi antigua pobreza, y despertar la envidia. Tiene razón, los pobres no deben salir de su esfera. El retiro y el trabajo son su único recurso, y la que como yo tiene una buena amiga, que me da todo lo que necesito, no debe aceptar más que lo necesario; y la que lo superfluo, es ridícula y despreciable. Tienes razón, Tomasa: si este es el motivo de tu enfado, yo te lo quitaré presto, y no me costará mucho dejar unos adornos que no me ponía más que por agradecimiento.

Pero, ¿qué te importan, la decía Felipa, las chocheras y ridiculeces de Tomasa? ¿Por ventura, dependes de ella? ¿Tiene ningún derecho ni autoridad sobre tí? Tomasa es siempre loca y estremada. Afecta ser rígida y severa, pero es porque siempre ha sido fea, y porque ahora se ve olvidada sin que nadie le haga caso, ¿y en qué se mete ella? Es mucha desvergüenza que no tenga a bien que yo te vista como se me antoje. Te confieso que me diste mucha pena cuando te ví correr a hablarla tan desalada. Porque esa mujer me aborrece, y siempre ha estado envidiosa de mí: siempre me ha querido gobernar. Pero después de la muerte de mi marido yo he sabido tenerla a raya: si yo la hubiera dado entrada, hubiera querido gobernarnos a tí y a mí, pero la he sacudido, cerrándola la puerta de mi casa. Bien se que se ha irritado mucho, ¿pero qué me importa? Jamás hubiera consentido en que te asearas, ni en que nos divirtieramos.

¿Tú le has cerrado la puerta de tu casa? le pregunta Paulina sorprendida. -Sin duda, y sin eso no nos hubiera dejado sosegar. -¿Qué me dices Felipa? -La verdad, ¿pero porqué lo sientes tanto? ¿Qué es lo que te puede afligir? Si pierdes una amiga regañona, difícil y severa, ¿no tienes en mí otra que no piensa mas que en darte gusto? Me parece que no has perdido nada en el trueque, y despues de lo que hago por tí, me da mucho pesar que no te contentes conmigo, y qué sientas tanto perder una muger que es mi enemiga, y que no hiciera mas que incomodarnos. Gocemos, pues que Dios nos las da, de las comodidades que tenemos, y que tanto lastiman los ojos envidiosos de Tomasa; y te pido, Paulina mia, que si otra vez te encuentras con ella no la hables, que hagas como que no la ves. Tú me debes esta condescendencia, y yo la exijo de tu amistad.

Paulina no se atrevió á replicarle por entónces, pero quedó muy triste, y toda la noche la pasó agitada con diferentes reflexiones. ¿Porqué Felipa le habia asegurado siempre que su cuñada estaba ausente? ¿Porqué la aborrecia tanto? Miéntras vivia Cano no se buscaban, pero ella habia visto que vivian bien. ¿Porqué ahora tanta oposicion de humores? ¿Cómo era posible que Tomasa, que era tan buena, y la queria tanto, pudiera oponerse á cosas que podian serle útiles? ¿Cómo Felipa llamaba regañona, difícil y envidiosa á Tomasa, cuando ella sabia que era una muger dulce, indulgente y cariñosa? Todo esto le parecia tan difícil de conciliar, que Paulina, á pesar de su candor, empezó á sospechar algun misterio en la conducta de Felipa. Esta idea le inspiró desconfianza, y una especie de temor: con todo, le pareció que era preciso dar á Felipa una prueba de deferencia, si la ocasion se presentaba.

Pero no le fué posible sosegar su interior, y quedarse en esta duda. Le parecia haber visto en los ojos de Tomasa una especie de desprecio, y aun de indignacion. Es pues necesario, se decía, que le hayan contado alguna cosa contra mí, y que me hayan puesto mal con ella. La primera idea que le ocurrió, fué que quizas le habrian dicho que ella fomentaba la desunion entre las dos cuñadas. Este pensamiento se apoderó de su espíritu. No dudó que esta era la causa del enfado de Tomasa, y como Paulina no estaba acostumbrada á moderar el ímpetu de sus movimientos, esperó el dia con impaciencia. Se puso una basquiña y mantilla, deja á Felipa en su cama, y habiendo sabido de una criada donde vivia Tomasa, corre á buscarla.

Tomasa sorprendida con una visita que no esperaba, la pregunta qué es lo que la trae. Paulina la responde, que el asunto mas importante de su vida. Yo vengo á ver, le dice, si la amiga de mi corazon, si la tierna y generosa amiga, que era tan sensible á mis desgracias, cuyo corazon estaba siempre abierto á mis penas, y cuya mano enjugaba mis lágrimas, ha perdido enteramente la memoria. Vengo á saber ¿porqué ayer me ha afligido y tratado tan mal? ¿Porqué ha dejado de quererme? Vengo á saber ¿qué es lo que he hecho para desmerecer su amistad? Yo me quejaba ántes de su descuido, de su olvido, ahora tengo que quejarme tambien de su injusticia: ¿cómo es posible que Tomasa se haya mudado tanto? Y tomándola entre sus brazos, la decia con la espresion mas afectuosa: explícame ¿cuál es mi culpa, y porqué te enfadas de la feliz situación en que me veo?

¡Tú llamas, Paulina, feliz tu situacion! ¡Pobre Paulina! Una palabra sola bastaria para desengañarte, y hacerte ver la reputacion que tienes en el mundo: pero es inútil que yo te

la pronuncie, y pues estás tan bien hallada con esa situación, ¿á qué vienes aquí? No me hagas hablar. Ya te he dicho bastante para que me entiendas. -¿Pero cuál es mi delito? Porque me hablas con esa sequedad? ¿Qué hago que merezca tu enojo? -Esas preguntas me espantan y confunden: ¿Tú te atreves á preguntármelo tan desentendida, con ese tono tan sereno? ¿Tú quieres que yo ensucie mis labios con horrores tan indecentes y repugnantes? Alejándote de la virtud, has perdido hasta su memoria, ¿y no te queda la menor idea de pudor? Pero ya veo que bajas los ojos, y que los colores se te asoman. Al fin, un resto de vergüenza te queda todavía. ¿Cómo has podido sacudirla de tu corazón?

Yo me avergüenzo de tus palabras, y no de mis delitos. Yo soy la misma que era, y nadie puede baldonarme nada. Tú me acusas de haberme alejado de la virtud, y de haber perdido hasta la idea. ¿Quién te lo ha dicho? ¿Porqué me acusas con tanta dureza? -Yo no te hubiera creído capaz de una firmeza tan desvergonzada, y te pido que acabemos esta conversación, porque temo que me obligues á decirte la impresión que tu conducta me produce. ¡Ay Paulina, Paulina! ¡Qué diferente estás de lo que te dejé! Es desgracia perder la virtud, pero es infamia no avergonzarse, y hacer gala del propio deshonor. Tú se lo has sacrificado todo á la riqueza, pues ni siquiera te ha dejado decencia para correrte del estado vergonzoso á que te ha conducido.

Aquí Paulina no pudo más, y deshaciéndose en dos fuentes de llanto, le dice con una voz alterada y compungida. ¡Qué! ¡Tomasa, la buena, la indulgente Tomasa, me trata con esta indignidad! ¡Me dice que mi estado es vergonzoso! ¡Que ni siquiera tengo decencia, y que la he sacrificado á la riqueza! ¿Qué quiere decir todo eso? ¿Qué es pues lo que he hecho? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿En qué ocasión? ¿Qué más pudiera decir á la más vil de las mujeres? ¿Pues qué me tienes por alguna infame? ¿Me quieres dar á entender que he cometido los mayores delitos?

Tomasa conmovida con las lágrimas de una joven que había querido tanto, no pudo escitar su dolor sin sentirlo. Su indulgencia natural la inclinaba á disculparla, y echar toda la culpa á su cuñada: pero aunque hubiese sido la seductora de una joven crédula y fácil de ser engañada, siempre había habido de la parte de esta consentimiento, y ahora creía ver en ella osadía y descaro. Se quedó un rato pensativa, y después tomando la mano de Paulina, la dijo con resolución: dime la verdad, y respóndeme sin titubear: ¿porqué no has respondido á mis cartas? ¿Porqué cuando mi hermano estaba enfermo, y te escribí ofreciéndote en mi casa un asilo decente y agradable, no quisiste admitirlo? Y en fin ¿porqué me hiciste escribir, que no necesitabas de nada, y que no me inquietara de tu conducta?

Paulina no pudo oír estas preguntas sin asombro; pero al fin procuró satisfacerlas todas, y en sus respuestas le descubrió que lejos de haber recibido sus cartas, se quejaba de su ninguna correspondencia. Esto bastó para hacer comprender á Tomasa, que las habían interceptado, y que habían engañado a Paulina, y por todos los otros discursos no pudo dudar que Felipa estaba de inteligencia con el Marques, y que ambos habían contribuido á su seducción. Este descubrimiento no le quitó su pena, pues aunque no dudase que Paulina había sido conducida, era cierto siempre que su comercio con el Marques

subsistía. Así volviendo á ella, le dijo: veo Paulina, que las dos hemos sido engañadas. Dos pérfidos se han burlado de mi poca malicia, y de tu simple credulidad.

Sin duda han ocultado nuestras cartas, para cortar nuestra correspondencia. Pero ¿de qué sirve conocer esto, si el daño ya está hecho, y no es esto lo peor, sino que tú pareces contenta y te tienes por dichosa? Desde que te estás en esta disposición no comprendo ¿por qué vienes á verme? Yo no puedo esperar volverte á tus antiguos principios. La que una vez ha gustado de las dulzuras de la opulencia, no se priva de ellas fácilmente. Tampoco tendrás valor para abandonar tu pérfido Marqués, para restituirle sus dones interesados, y huir de este hombre vil, y despreciarlo. -Pero ¿porqué huirlo ni despreciarlo? Tomasa, el Marques no merece los nombres que le das. Es hombre de bien, muy buen cristiano, y cuando le conozcas, le estimarás, y le verás con otros ojos.

Tomasa se quedó espantada con este discurso, y le volvió á decir: Paulina, tú me aturdes, y no puedo entenderte. ¿No recibes las visitas de este hombre? ¿No viene todos los días á tu casa? ¿No estás á solas con él la mayor parte de tu vida? ¿No es verdad que le amas con delirio, pues no quieres dejar un comercio tan vergonzoso, y que te deshonra? Si la sola idea de separarte de él te amotina y aflige, si á la primera palabra que te digo me respondes con un grito de dolor, es claro que le amas, que gustas de él, y que no piensas en dejar su amistad. Y si esto es, ¿á qué vienes? ¿Pretendes justificar conmigo tu indecente conducta, ó esperas que yo la apruebe? Ya me conoces: tú no conseguirás lo primero, y yo moriré ántes de lo segundo. ¿A qué vienes pues? ¿Qué es lo que quieres de mí?

Paulina siempre inocente, y sin la menor idea de malicia, la vuelve á decir atónita: tú me dices que la amistad del Marques me deshonra. Yo no creía que la amistad pudiese deshorrar jamas. Yo no creía eso mas que del impuro amor. Sin duda que viene todos los días á mi casa, que está á solas conmigo; pero ¿cómo no ha de estar á solas, si ninguna otra persona me viene á ver, si él es mi único amigo, mi único conocimiento? Ya sabes que yo me he criado en un retiro, sin tratar ni conocer á nadie, acostumbrada á ocuparme siempre, no sentía la necesidad de divertirme, ni el deseo de tener amistades. Felipa tenía otro gusto, amaba mucho las diversiones y las gentes; pero desde el día en que tuvo la grande herencia que la ha hecho tan rica, no ha pensado mas que en vivir conmigo, y desde entonces... -¿Cuál es la herencia de Felipa? -¿Y cómo lo ignoras? Entónces le repite la historia que Felipa la habia fingido. Sin apercibirse de la sorpresa de Tomasa, continúa: tú me das en cara con la amistad del Marques; pero si tú le conocieras, tú le amaras, como yo lo amo. Sin duda, que la idea de huirle, de no verle, de despreciarle, me repugna y me lastima el corazón, porque se ha entablado entre nosotros una dulce confianza, una deliciosa intimidad, que hace toda mi dicha, y creo también que hace la suya. Te confieso que su presencia me causa un embeleso, que leo también en sus ojos que está contento: pero todo esto es un instinto secreto de nuestros corazones. Yo le miro, unas veces como el hombre con quien el cielo me suple la falta de un padre, que no he podido conocer; otras veces me parece un hermano, que me quiere, que yo amo, y otras un amigo tierno que Dios me da para que me sirva de apoyo en este mundo. ¿Y tú quieres que yo sea tan ingrata, tan feroz, tan desalmada que huya, desprecie y trate mal á un

hombre que me hace tanto bien, y que no pretende de mí mas que sentimientos puros y nobles?

Cuando Tomasa oyó este discurso dicho por la sincera Paulina, le rayó una luz de esperanza, y creyó que todavía podia estar inocente. Levanta las manos al cielo, y con voz entre tímida y consolada, la dice: querida Paulina, ¿será verdad...? ¿Es posible que el cielo te haya sostenido, y que conserves todavía tu inocencia? En el delirio de su alegría la toma entre sus brazos, la aprieta contra su pecho, y se decia á sí misma. No, si el amor de Paulina fuera delincuente, no lo confesara con tanta libertad. Puede ser que hasta ahora no la han hallado bastante pervertida, y esperan á que lo este mas para corromperla. Quiza el cielo me la envía todavía á tiempo para preservarla.

Desde entónces mudando de tono, y dejando la severidad, empezó á preguntarla con dulzura, y á fuerza de preguntas y respuestas llegaron á entenderse. La conducta del Marques asombraba á Tomasa, pero no se fiaba. Entónces esplicó á Paulina sus temores y desconfianzas, y la ingenua Paulina se asombró mas cuando supo el precipicio á que su conducta podia conducirla. ¡Qué! decia, ¿es posible que atenciones tan delicadas y tiernas, que tantos beneficios derramados sobre mí con tanta profusion y secreto, no tengan mas objeto que quitarme un bien, que todas las grandezas y riquezas del mundo no me pudieran reparar! No, mi Marques no es capaz de esta iniquidad.

Pero Tomasa entró en largas conversaciones con ella, le abrió los ojos, y la descubrió su peligro. La dijo que los hombres eran muy pérfidos, muy astutos, y que disimulaban largo tiempo para conseguir sus malos instintos. -No, no compares a esos malvados con mi Marques. No, no le atribuyas tan malas intenciones. Yo apostaré mi vida que jamas ha pensado en seducirme, que su buen corazon no quisiera hacerme despreciable y desdichada, y que su aficion es tan pura como la mia. Ay, Tomasa, si le vieras... si le hablaras. -Pues bien, si quieres yo le veré, y le hablaré. Yo deseo que su amistad sea tan desinteresada y pura como dices. Pero cuando lo fuera, ¿quién lo querrá creer? ¿Cómo podrá justificar su imprudencia? ¿Porqué te hace vivir en una casa que él paga? No es esto decir que dependes de él? ¿Y porqué te tiene tan encerrada sin que nadie te vea? ¿No es dar á entender que vives para él solo? Es verdad que te ocultaba sus dádivas; ¿pero puede ocultarlas á los otros? Todos saben que Felipa no tiene nada, y sus antiguas amigas, de quienes se ha retirado, viéndola con tanto tren, se han informado de todo, y no hacen otra cosa, que hablar contra ella, y contra tí.

Despues de esto los amigos del Marques y sus parientes no pueden dejar de saber lo que hace. Tus criados y los suyos lo ven, y dirán que todo el dia está encerrado contigo. De aquí ya puedes discurrir cuántas ideas malignas y groseras correrán; y cuánto la malicia y la envidia añadirán á la verdad. Ya has visto que este rumor ha llegado hasta mí, y que yo que te conozco mejor, te creia culpada, discurre lo que pensarán los demas. En fin, Paulina, tú dices que el Marques es tu amigo, y yo digo que no lo es; porque el hombre que prefiere su entretenimiento, su diversion y sus placeres á nuestra reputacion, no es ciertamente nuestro amigo: su amistad no es pura, pues... ¡Pero tú lloras, tú te agitas, y ni siquiera me escuchas!

Demasiado te escucho, Tomasa, y no quisiera entenderte tanto. Tú acabas de quitarme la paz del alma, tú acabas de destruir toda la felicidad de mi vida. ¿Porqué me has arrancado mi agradable ilusion? Y ocultando su cara inundada en llanto en el seno de su amiga, la decia con sollozos: perdóname, Tomasa, perdona la violencia de mi dolor: no me es posible contenerla. Conozco que tienes razon, y no puedo dejar de agradecer tu buena voluntad: ¡pero tú me haces ver una luz tan funesta, tan triste, y mi error me hacia tan dichosa! ¡Ah! ¡qué yo aborrezco al mundo, sus usos, su malicia, y sus injustas y odiosas censuras! Pero ¿qué me importa ese mundo en que no vivo? ¿He de sacrificar toda mi felicidad á sus malignas intenciones? ¿Qué me importan sus juicios falsos y temerarios, cuando estoy inocente, y mi corazon no me condena en nada?

Tú me afliges, Paulina, le volvió Tomasa á decir, porque veo que quieres con demasía á tu Marques: pero ¿porqué te acongoja tanto? ¿Porqué todos esos lamentos y despechos? ¿Tú eres libre, tú eres dueño de tí misma? yo no tengo ni autoridad ni derecho para darte ninguna sujecion: yo no tengo medios para privarte de esa felicidad que tanto estimas: has cuenta que no te he dicho nada: olvida que me has visto: pierde hasta la memoria de mi amistad, y de mis inútiles esfuerzos: anda á consolarte con esa vil muger, que contribuye á tu felicidad pasajera; pero no te quejes de mí: yo no he podido dispensarme de hacer lo que la amistad, la Religion y la conciencia me imponen. Cuando abras los ojos agradecerás mi celo, y entónces te quejarás de esa muger inconsiderada, que es la verdadera causa de tus penas, y quiera Dios que no lo sea de tu vergüenza y tus remordimientos.

¡Ay, Tomasa! tú me destrozas el alma: ¡qué amargura viertes en mi corazon! ¡Tú temes que yo llegue á la vergüenza y los remordimientos! ¡Tanto desprecias á tu pobre amiga! No te ofendas de mis quejas: yo soy débil, y quizás injusta; pero escúsame, porque el dolor me oprime, me abate, y estoy fuera de mí. Tú me has hecho sentir, que aunque mi conducta sea pura, debo respetar mi reputacion: que esa muger recibe los dones del Marques, y me os oculta, y que todos tienen razon de pensar mal de mí. No me propongas pues que yo vuelva con ella, y yo no quiero fiarme en adelante mas que en tus luces, tus consejos y tu amistad. Yo no siento perder la comodidad con que vivia, ni la fortuna que esta muger me procuraba. Yo la recibia sin ardor, y sólo por darla gusto.

Pero, Tomasa mia ¿cómo es posible abandonar á este querido amigo? ¿A este amigo tan tierno, tan sincero, y que hasta ahora ha sido tan desinteresado? ¿A este amigo generoso, que me llenaba de bienes, con la delicadeza de ocultarme su mano, y sin exigir nada de mi gratitud? ¿A este amigo tan amable y tan querido, tan digno de mi amistad y mi correspondencia que me habia acostumbrado á la dulzura de verle, de hablarle, y estar siempre conmigo? ¿Podré tener valor para afligirle, inquietarle, huirle, dejarle duramente y causarle los mismos tormentos que yo siento?

¿Y quién te dice nada de eso, Paulina? Al contrario, debes verle, hablarle, explicarte con él, y hacerle sentir la necesidad en que estás de separarte de una muger de tan mala reputacion: tú le dirás que no lo sabias; pero que estando ahora mejor instruida, no puedes vivir mas con ella, sin peligro de la tuya propia, y entónces podrás recibir las visitas del Marques, sin necesidad de perder las dulzuras de su inocente amistad; porque entónces ya

no vivirás de sus beneficios, y retirándote á un convento, ó en cualquier otro retiro decente, nadie puede quitarte el consuelo de cultivar una amistad, que es tan dulce para tu corazón. Yo creo pues que debes escribirle al instante, pidiéndole que venga aquí. En la primera conversacion yo conoceré sus intenciones, y si son buenas, no desaprobaré mis consejos; pero despues de todo, si no le gustan, tú serás siempre dueña de hacer lo que te parezca.

Vamos, responde Paulina. -Pues la virtud y mi reputacion exigen este sacrificio, yo estoy pronta á todo: toma una pluma, y con la mano trémula escribe este papel. «Acabo de saber lo que es, y la reputacion que tiene Felipa entre las personas virtuosas. Yo no volvere pues á casa de esa muger. Se me ha hecho ver tambien, que vos que despues de un año veo con tanto placer, que estimo y amo tanto, podeis ser un hombre pérfido, y tener malas intenciones: yo no lo puedo creer. Si esto no es verdad, y si podeis justificaros con una muger respetable, que es mi antigua y verdadera amiga, venid á casa de Tomasa donde estoy. Yo os aguardo en ella con impaciencia, y espero hallaros digno de todo el amor que os tengo». Al instante el Marques obedece, y se presenta á Tomasa con aquella serenidad que inspira la certidumbre de no haber violado las leyes del honor.

Se sorprende de hallarla sola, porque Paulina sintiéndole venir se habia retirado á otra pieza desde donde podia oirlo todo; y esta fué la primera vez que la persona del Marques la produjo una sensacion mezclada de inquietud. Sintió que temia su presencia, y que deseaba esconderle los movimientos de su corazón. Desde que Tomasa echó la vista sobre el Marques, no estrañó que una presencia tan agradable hubiera hecho una impresion tan fuerte sobre una jóven sin malicia, que no sabia el riesgo de las pasiones, y que estaba acostumbrada á no seguir mas que las inspiraciones de su propio gusto. Le admiró, y deseaba que su natural y sus costumbres correspondiesen á tan amable exterior. Despues que le hizo sentar, le dijo así.

Vos extrañaréis, señor, que sin autoridad ni derecho yo pretenda forzaros á una confianza, que quiera penetrar vuestros secretos, y os pida la esplicacion de una conducta, que no puede ser justificada sino por algun motivo secreto; pero el interes que me ha inspirado Paulina por haberla criado, y porque la amo con todo mi corazón, me autorizan á este atrevimiento. Dignaos pues de decirme cuáles son vuestras intenciones. -En verdad, señora, que no me es posible satisfaceros, porque yo mismo no lo sé, y lo único que puedo responderos es, que no tengo ninguna. No concebiréis jamas cuánto me embarazais con una pregunta, que me he hecho mil veces á mí mismo, sin poder jamas satisfacerme. El único sentimiento que hallo en mi corazón es desear la felicidad y el bien estar de Paulina. Me he ocupado en los medios de hacerla dichosa. Esto es todo lo que sé de mí, y no me conozco otras intenciones. Me atreveré yo á preguntaros ¿si hallais en mi conducta algo que os parezca ménos decente, y que sea digno de vuestra desaprobacion?

Siento mucho, señor Marques: sí, siento mucho que un hombre como vos pregunte si su conducta es digna de censura, cuando espone la reputacion de una pobre muchacha, que no tiene mas bienes que su honor. Decidme, señor, ¿quién os ha dado el derecho de separarla de mí, de privarla de mis consejos, y de inducirla á dejar un estado pobre, pero tranquilo y honrado, para hacerla gozar de las dulzuras de una opulencia pasagera? Vos la

habeis acostumbrado á gozar de ella, y la espondeis á que por continuarla, sacrifique la honestidad de sus costumbres. ¡Qué! ¿vos no os baldonais nada, cuando os habeis divertido en inspirarla una pasion, que la pondrá en la triste necesidad de ser culpada, ó infeliz?

Confieso, Señora, que vuestra reflexion me turba y aflige: confieso que la merezco, y que me la he hecho muchas veces á mí mismo. Reconozco que en la situacion de Paulina y la mia, yo no debia ni dejar tomar fuerzas á mi inclinacion, ni fomentar en ella una pasion que no podia ser feliz, sin que alguno de los dos no hiciese al otro grandes sacrificios. Quizas hubiera sido mas prudente cortar el hilo de una peligrosa amistad; pero despues de todo, yo no he intentado seducirla: yo no la he engañado ni con falsas promesas, ni con lisongeras esperanzas: yo no he abusado de su ingenua credulidad, y léjos de encenderla en discursos de amor, ni siquiera me he permitido declararla mis sentimientos. Yo estaba satisfecho con el placer de amarla. No tenia otro deseo que servirla, y gozaba de una felicidad superior á cuanto el mundo puede presentarme. Me parece tambien que Paulina estaba contenta. ¡Ay, Señora! ¡qué mal nos habeis hecho con las funestas luces que la habeis dado!

Tomasa, porque no creyera que un celo curioso é indiscreto la hicieran tomar tanta parte en este asunto, le contó el encuentro que habia tenido con Paulina el dia precedente, y no le ocultó nada de lo que habia pasado entre las dos; pero el Marques la dijo: yo consiento, Señora, en que sepais todos mis secretos. No os disputo vuestro derecho sobre una persona que habeis criado; pero nunca sabréis, que yo haya intentado con ella nada que ofendiera su honor. Yo os diré mas: que habiendo jugado en el ejército, hice ganancias considerables; que me propuse entónces destinárselas á Paulina, y que las tengo ya puestas en su nombre en poder del mismo sugeto, en quien vos habeis puesto sus primeros fondos, sin que tuviese otra intencion, que asegurarla una existencia honrada. Yo me decia á mí mismo, pues que tantos hacen estas liberalidades en favor de la bajeza del vicio, ¿porqué no lo haré yo por la hermosura pobre, pero modesta y virtuosa? Ve aquí los motivos que me han determinado, y ya podeis ver si es justo que se diga á Paulina, que yo puedo ser pérfido, y tener malas intenciones.

Tomasa se quedó pensativa. La noble franqueza del Marques, su generosidad en amor tan tierno y tan desinteresado, le parecian una cosa nueva; y aunque ella hubiese visto mucho mundo, la parecia no tener idea de semejante ejemplo. Ya empezaba á mirar al amigo de Paulina con una especie de veneracion; pero queriendo probarlo para asegurarse mas, si aquel sentimiento tan raro era verdadero, se vuelve á él, y le dice: respondédme, Señor: ¿Dejareis disfrutar a Paulina de vuestros beneficios en el convento adonde pienso llevarla esta noche? -Al instante le responde el Marques, no digo en el convento sino fuera de España, en el fin del mundo, donde quisiere. Yo no deseo mas que su bien estar: yo no pretendo sujetarla á nada. No, Señora; Paulina es libre, independiente, y yo me viera con horror, si por tan frívolos beneficios me imaginara el menor derecho sobre ella.

Entónces Tomasa se levanta con viveza, corre al gabinete, toma á Paulina por la mano, y trayéndola hacia el Marques la dice: da gracias á tu amable y generoso protector. Ahora te digo que no debes avergonzarte de sus beneficios, ni tienes que temer de un hombre de

tan noble carácter. Los dones de una amistad tan desinteresada y decorosa, no envilecen, y trata de merecer con una gratitud constante y viva el amigo que te ha dado la bondad del cielo. Paulina, que lo había escuchado todo en su retiro, y que estaba penetrada de amor y de ternura, no pudo pronunciar una palabra, y por largo tiempo las lágrimas fueron la única expresión de su alma; pero al fin el Marques con un tono tierno y afectuoso la dijo: ¿porqué lloras, Paulina? ¿Sientes alguna repugnancia al asilo que se te <sup>(5)</sup> propone?

Ay, señor, le respondió: yo no puedo sentir repugnancia para lo que aprobais. Yo seguiré los consejos de Tomasa, y obedeceré á todo lo que me mandeis. -¿Lo qué yo os mande? ¿Cómo me hablas con ese estilo? Yo no puedo ni quiero mandarte nada, y me causa mucha pena oírte decir. Luego volviéndose á Tomasa, la dijo con un tono enternecido, y casi triste: yo os suplico, señora, que pidais á vuestra amiga, que me trate con mas confianza. Paulina le tendió la mano, quiso responderle, y no pudo, porque le parecia que pues iba al convento, no volveria á ver al Marques. Este temor la ataba la lengua, y el Marques lo conoció por algunas palabras interrumpidas que se le escaparon. Su corazon se sintió movido, y lleno de ternura: la tomó la mano, y apretándola dulcemente se la besó. Despues la dijo: enjuga tu llanto, yo iré á visitarte, levanta ahora esos hermosos ojos sobre dos personas que te aman verdaderamente, y son tus fieles amigos. Que yo tenga el gusto de mostrar á los de tu amiga, que no he permitido á mis deseos nada que te obligue á bajar los tuyos en su presencia.

Tomasa por su lado procuró tambien consolar á Paulina, y entre ella y el Marques tomaron todas las disposiciones para que pudiese ir al convento, y que estuviera en él con la mayor comodidad posible. El Marques se encargó de enviarla al instante su criada, y le ahorró la pena de advertir á Felipa de su repentina separacion. Tomasa consintió en recibir en su casa los mas preciosos muebles de Paulina, para hacérselos pasar al convento, y tambien encargarse de cobrar sus rentas, cuyos títulos prometió el Marques remitirla.

El Marques contribuyendo tanto á todas estas disposiciones, no se pudo disimular, que iba á perder la libertad que tenia ántes de verla á todas las horas del dia; y aunque se esforzaba á parecer tranquilo, como su carácter franco estaba poco acostumbrado á disfrazar los sentimientos de su alma, sus ojos descubrian la agitacion de una pasion inquieta y poco satisfecha. Tomó las manos de Paulina, y mirándola con la expresión de la mas viva ternura, la dijo con las lágrimas asomadas: querida amiga, no te olvides jamas de un hombre que ha pasado tanto tiempo á tu lado, y que ha sabido reprimir un ardor, que podia hallar muchas disculpas. Ya sabes que te amo; pero me es muy dulce repetírtelo. Sí, yo te amo, y me ha costado mucho callártelo tanto tiempo; pero ahora siento un placer inesplicable, porque te he respetado.

Mira Paulina, por lo mismo que mis deseos eran muy vivos, por lo mismo que tu inesperienza, tu ingenuidad, y la ternura de tu corazon me prometian una conquista segura, por lo mismo mi alma está ahora ufana de haber conseguido una victoria tan difícil sobre la violencia de mi inclinacion, y si tú crees deber alguna recompensa á tan penoso sacrificio, solo te pido que me concedas una gracia, y es que no te aflijas, que yo

vea disipar tu tristeza, y que no pueda advertir en esos ojos tan amables mas señales de lágrimas. Tú sabes, amiga mia, que toda mi felicidad consiste en saber que eres feliz; y diciendo esto, sin esperar respuesta, se levantó, se despidió de Tomasa, y cuando ya estaba cerca de la puerta, se volvió para preguntarla con un aire tímido, si le daba licencia para volver á verla. Tomasa que era dulce, cortes y virtuosa sin rudeza, desdeñaba la severidad muchas veces afectada, y siempre violenta, que hace á la virtud incómoda mas que respetable, le pareció que no debia privarle de la vista de Paulina, y le respondió con tono muy comedido, que le haria placer con sus visitas.

Cuando llegó la hora de comer, Paulina no quiso ir á la mesa; diciendo que no tenia gana. Tomasa no quiso importunarla; pero habiéndola visto abatida, llorosa, con la cabeza baja, y tapándose la cara con un pañuelo, mojado con su llanto, la dijo: pero Paulina, ¿qué motivo hay para tanta afliccion? ¿Qué es lo que puede ahora sacarte lágrimas tan amargas? -No lo sé, pero me siento el corazon tan oprimido: yo misma no me entiendo, porque yo no tenia ningun deseo, ni tampoco tenia esperanzas. Mi situacion me parecia la felicidad suprema: ella me bastaba para satisfacerme por entero, y no me daba lugar para desear otra cosa. Jamas esperé que el tiempo me pudiera dar otro bien del que gozaba; y con todo, Tomasa mia, me parece que lo he perdido todo.

Acuérdate, amiga, de las palabras que dijo el Marques, y que todavía me retumban en los oidos. Esta pasion no puede ser feliz sin que alguno de los dos haga grandes sacrificios al otro. Aquí se detuvo, suspiró y apartó los ojos por no encontrarse con los de Tomasa; pero despues saliendo de un silencio profundo, ocasionado por una fuerte distraccion, exclamó: ¡Ah, Marques! ¡Marques! No has menester hacer grandes sacrificios para que Paulina sea dichosa. Ella no los exigirá jamas, ni jamas deseará una felicidad que pudiera perjudicar á tu reposo ó á tu gloria. Ya he abierto los ojos, ya veo todo lo que nos separa; pero ¿porqué me cuesta tanta pena el desengaño de una esperanza que no tenia?

Las caricias de Tomasa, las visitas del Marques, el tiempo y la razon, disipáron un poco los disgustos de Paulina; pero su humor ántes tan alegre y festivo, se transformó en una dulce y habitual melancolía. Después de haber pasado algunos dias en casa de Tomasa, entró por fin en el convento. Allí encontró una celda cómoda y agradable, y en ella todas las atenciones de su amante, sobre todo, una pequeña librería en que habia libros devotos y curiosos, escogidos por el Marques, que le ofrecian una distraccion útil, y facilidad para adquirir conocimientos. Volvió otra vez á tomar lecciones de música, y en especial se ejercitó en la pintura, que era su primer talento, y que se le habia hecho mas precioso, por la ocasion que le daba de multiplicar la imagen de su amigo. Aunque queria ocuparse en otros objetos, su imaginacion no la presentaba mas modelo que el que tenia en su corazon. Así sin quererlo, llenaba su cuarto de los retratos del Marques.

Tomasa iba á visitarla con frecuencia, y el Marques la acompañaba casi siempre, porque no se permitia ir á verla solo. El Marques desde el instante que se determinó á ponerla bajo la direccion de la virtuosa Tomasa, se resolvió seriamente á combatir su pasion. El se decia: ni yo puedo hacerla feliz, ni es posible que lo sea con ella. Seducido por mi inclinacion me he dejado llevar de mi gusto, y cada dia me hallo mas enamorado; ¿pero en qué puede parar esta pasion? ¿Puedo yo desposarme con ella sin echar por tierra todas

las esperanzas de mi fortuna, sin perder la gracia de mi pariente el Ministro, que no podrá aprobar esta boda, y sin irritarle, viendo que la prefiero á la alianza ilustre y ventajosa que me propone con una familia distinguida? ¿Y qué será, si pierdo mi pleito? Uno de estos dias debe decidirse, y si la sentencia no me es favorable, y pierdo tambien el favor del Ministro, ¿qué será de mí? ¿Cómo podré mantenerla, y en vez de hacerla dichosa, no la haré sino indigente y miserable?

Estas reflexiones le afirmaban en el designio de resistir á su amor, y evitar todas las ocasiones que lo pudieran fomentar. Ensayaba sus fuerzas, y aunque le costaba mucha violencia, dejaba pasar muchos dias sin ir á verla, y sin escribirla; pero despues de mucho trabajo y sacrificios, le faltaba valor para sujetarse á tanta privacion, condenaba los motivos, se acusaba, y corria á verla con el ímpetu del furor. Allí se consolaba con el placer de mirarla, la contemplaba, y hallándola triste y abatida, á causa de sus ausencias, se moria de pena, se injuriaba á sí mismo, se trataba de cruel y se preguntaba: ¿cómo podia ser tan bárbaro para afligirla, y dar un movimiento de dolor á una alma tan sensible?

La tierna y modesta Paulina era muy diferente de ántes: ya habia perdido su natural y sencilla alegría: ya no tenia ni su sincero candor, ni su noble franqueza, y parecia tímida y desconfiada. No se atrevia pues á quejarse de las pocas visitas del Marques, se avergonzaba, se afligia, y procuraba esconder su afliccion; pero sus miradas lánguidas, sus tristes suspiros, y sus preguntas inquietas descubrian lo que pasaba en su corazon, y el temor de no ser ya querida. El Marques desde que apercibia esta desconfianza, olvidando todos sus propósitos, no pensaba mas que en tranquilizarla, y entónces se abandonaba al gusto de hablarla de su amor. La recordaba aquellos dichosos tiempos en que se hablaban sin temor, sin que nada detuviese los ímpetus de su corazon, y en que pasaban juntos horas tan deliciosas. Y como si Paulina tuviera la culpa, la daba quejas de que hubiera ido á buscar luces funestas, que habian destruido su recíproca felicidad. ¿Porqué, le decia, has aprendido á temerme y desconfiarte de tí misma?

Paulina, movida con estos discursos, y enternecida con sus propias ideas, callaba, lloraba, y se afligia de haber perdido su antigua y feliz ignorancia. Así pasáron todo el invierno, sin que hubiese en su suerte novedad; pero habiendo llegado la primavera, el Marques se vió en la precision de ir á su regimiento. Los dos sintiéron mucho que se acercara esta indispensable separacion. Su despedida fué larga, tierna y acompañada de lágrimas; pero en vez de exortarse á quererse ménos, se repitiéron mil veces que se amarian siempre.

El Marques parte, y Paulina no pudiendo ya esperar su visita, empezó á disgustarse del convento. Hasta allí habia vivido gustosa, porque ó veia al Marques, ó le esperaba, y su esperanza le daba gusto y valor para ocuparse en los momentos de su ausencia con sus lecciones y demas ejercicios; pero desde que supo que no podia venir mas, su corazon se anocheció, las lecciones se le hicieron molestas, y el convento insoportable. Entónces se volvió á acordar de la amenidad de Aranjuez, de sus sitios deliciosos, y de los largos y solitarios paseos que hacia, pensando siempre en el Marques, sin que nadie turbase la dulzura de sus meditaciones. Cuando venia Tomasa á verla, se quejaba de la importunidad con que se vivia en el convento, y del deseo que se sentia de ir al campo

para vivir en soledad; pero Tomasa le cerraba la boca, diciéndola: tú no puedes ir al campo á vivir sola. Paulina sentia la fuerza de esta dificultad, aunque no le disgustaba ménos; pero el caso la hizo desaparecer por un suceso, que se debia á su buen corazon.

En el convento vivia retirada una señora, llamada Doña Angela, viuda de un hombre de distincion, que la habia dejado alguna fortuna; pero habiéndola confiado á un Negociante, éste hizo quiebra, y la dejó espuesta á la mayor miseria. Obligada de la necesidad tomó el partido de retirarse al mismo convento, donde podia subsistir con ménos gasto, y estaba en él cuando Paulina vino. Doña Angela era muger de mucho talento, y de grande virtud, y Paulina no pudo dejar de sentir todo su mérito. Habiendo sabido su desgracia, el motivo porque vivia allí, y viendo la suma escasez de sus medios, no solo se la acercó, y trató con el respeto que se debe á la indigencia, sino la procuró aliviar, partiendo con ella todas las comodidades y dulzuras que su situacion la prometia. Doña Angela, honrada y sensible, agradecia mucho tantas finezas, y añadiendo la gratitud al mérito de Paulina, y á los sentimientos que inspiraba, se formó entre ellas una íntima amistad. Angela queria á Paulina con el amor de una madre tierna, y Paulina la miraba como una hija que la debia respeto por su edad, sus desgracias y sus virtudes.

Habia ya tiempo que Doña Angela padecia de ciertos humores melancólicos, que alteráron visiblemente su salud. Los médicos la aconsejaron que mudase de aire, y que fuese á buscarlo mas puro en la espaciosa circunferencia de los campos. Paulina se aprovechó de esta circunstancia para ofrecerse á acompañarla; y Doña Angela se transportó de gozo con esta oferta. Tomasa que estaba para hacer otro viage indispensable á casa de su amiga, no se opuso á este proyecto, pero exigió de Paulina la palabra de que no esperaria la vuelta del Marques para volver al convento, diciéndola, que ni era decente, ni gustaria al Marques encontrarla en el mundo, y en una soledad con una muger, que aunque virtuosa y prudente, no le era conocida. Paulina se la dió, asegurándola que no tardaría en volver.

Tomasa se va, y poco despues las dos amigas parten para el lugar en que Doña Angela debia restablecer su salud. Como cada dia su amistad se fortificaba con el recíproco conocimiento de sus escelentes calidades, la confianza se estableció entre ellas de manera, que Paulina la contó toda su historia con el Marques, la leyó la carta en que le daba cuenta de la salida del convento para tenerla compañía, y todas las respuestas que recibia del Marques. Esta confianza desahogó mucho el corazon de Paulina, por que la dió ocasion de hablar continuamente á Doña Angela de su amor, de las obligaciones que tenia á este hombre incomparable, de su gratitud, de su ternura, del consuelo que sentia cuando pensaba ó hablaba de su mérito, y en fin, se lo pintaba como el hombre mas cumplido y perfecto, y esta era la única ocupacion agradable de Paulina.

La prudente Doña Angela veia en sus espresiones la evidencia de su pasion, y no dejaba de inquietarse, porque comparando el estado del Marques con el de su apasionada amiga, preveia fatales consecuencias. Temiendo afligirla demasiado, se contentaba con decirle: ¿pero en qué puede parar este amor tan vivo? ¿Cuáles son tus esperanzas? Entónces Paulina interrumpia la efusion de su alma con lamentos y suspiros, y le confesaba que no tenia ninguna. Doña Angela le daba consejos cuerdos y cristianos, que ella escuchaba con

dulzura y moderacion. Lájos de rechazarlos ó amotinarse contra ellos, la respondia que decia bien, que sus razones eran buenas; pero tambien la dejaba ver que no la persuadian, y que nada en el mundo la haria olvidar al Marques ni perder el consuelo de amar y ser amada de un hombre de su mérito.

En esto el Marques la escribe que está para volver á Madrid, y Paulina se acuerda de la palabra que habia dado a Tomasa. Ya pensaba en volverse al convento, cuando recibe otra carta del Marques, en que le dice, que pues su buena suerte ha permitido que ella esté en la casa del lugar, en que habita con su amiga, al tiempo que él debe llegar, la suplica que se mantenga en ella, para que él pueda gozar del gusto de verla y hablarla mas tiempo, y con mas libertad: que ya le conoce, y que debe estar segura de que no abusará de esta gracia: que en cuanto al qué dirán, la presencia de Doña Angela debe bastarla para tranquilizarla y despreciar las críticas que pudieran hacer los malignos. La misma súplica la repite en muchas cartas posteriores y consecutivas, y se lo pide con tanto ardor, como si toda su felicidad dependiera de esta gracia.

La débil Paulina no tuvo valor para negar un favor pedido con tanta instancia, y decia á Doña Angela: yo se lo debo todo, ¿y no haré por él lo único que me pide? ¿Seré tan ingrata que resista á su único deseo? Si resistiera, lo sentiria, ¿y me toca á mí el afligirle? ¿No debo darle gusto en todo lo que me permite el honor? ¿Porqué por el injusto temor de que no digan, le negaré yo la dulzura de obedecerle, y le daré el pesar de resistirle? Yo no tengo nada que temer. Yo conozco su moderacion y su virtud; fuera de esto, vos, Doña Angela, si fuera menester, vos me sostuviérais contra él y contra mí misma. Vos os dignaréis de mirarme como hija, y de tratarme como una madre tierna y vigilante. Vos no os apartaréis un instante de mí: vos seréis testigo de toda mi conducta: vos me justificaréis con Tomasa, y cuando ella y vos, que sois mis únicas amigas, esteis seguras de mi honradez, ¿qué me importa lo demas del mundo? Vuestra estimacion es lo único que necesita para mi tranquilidad. Doña Angela no aprobaba estos discursos, y dijo cuanto pudo á Paulina, para que mudara de resolucion, haciéndola ver que no era cuerdo, ni decente que esperase allí al Marques, y que viviese con él en la misma casa; pero no la pudo determinar, y el Marques tuvo el gusto de hallarla en el lugar, y de saber que debia esta condescendencia á sus instancias.

Muchos dias pasó con ella, sin mas deseos que gozar de la felicidad de verla; pero es difícil que el amor, cuando se ha llegado á declarar, pueda contenerse en los límites de la amistad. Desde que un gusto se satisface, otro comienza. Los deseos se multiplican, las ideas se estienden, un favor recibido escita á pedir otro mayor. El espacio que parecia inmenso, desde el primer punto hasta el último, poco á poco se disminuye, y al fin el pensamiento se abanza hasta el objeto, que no se atrevia ántes á entrever. El Marques insensiblemente se fué mudando, hasta mostrarse con mal humor. La presencia continua de Doña Angela, que no se separaba un instante de Paulina, empezó á causarle sujecion. El cuidado que ponía en no dejar sola á su amiga, se le hizo insoportable, y no podia su semblante esconder este disgusto.

¿Qué necesidad tiene esta muger, decia á Paulina, de no dejarte nunca de la vista? ¿Eres tú la que la has pedido esta atencion? ¿Te desconfias de mí? Ya no me estimas, y me

miras como un hombre vil, de quien se debe tener miedo. Si no ¿porqué tomas tantas precauciones contra mí? ¿porqué me muestras una desconfianza tan injuriosa? ¡Ay, Paulina, como te has mudado! Acuérdate de aquel tiempo feliz, en que tú corrías á encontrarme con una viveza tan llena de alegría: cuando te apoyabas sobre mi brazo, y nos paseábamos solos por los lugares mas solitarios, y ahora todo es temores, frialdad y reservas. No eres la misma, tu amistad no es tan tierna, y tu corazon no es tan ingenuo.

Estas quejas la traspasaban el alma, y la hacian deshacer en llanto. Peor fué cuando vió que nada calmaba la pena del Marques, y que cada dia parecia mas pálido y abatido. Su tierno corazon se asustó, temblando con el peligro de vida tan preciosa. Procuraba consolarle, pero él la respondia con triste acento, y con los ojos llorosos: no, no te inquietes, que presto no te volveré á importunar. Entónces empezó á conocer y á arrepentirse de la condescendencia que habia tenido en esperarle en aquel lugar, y decia á Doña Angela: ahora veo lo mal que hice en no haberme vuelto al convento. Mi imprudencia ha irritado una pasion largo tiempo reprimida; pero entónces yo no conocia mas que sus alhagos, y ahora siento todas sus amarguras. Doña Angela, inquieta con el peligro de su amiga, la exorta á que vuelva al convento, y Paulina se determina. Parten pues un dia que el Marques habia ido á Madrid, y le deja una carta que decia así:

«¡Qué dolor me causa dar lugar á tus quejas! ¡Cuánto sufro de tus penas, y de atribuirme el infeliz estado en que te veo! ¿Cómo es posible que sea yo la que te aflija, cuando tu felicidad es el único deseo de mi corazon? ¿Porqué fatalidad necesitas ahora para ser feliz, de que se pierda una muger que tú respetabas otra vez? Mi reserva te ofende, pero ¿pudiera tratarte hoy con la familiaridad de mi antigua ignorancia? Ella era entónces mi excusa. Antes no te miraba mas que como un hermano muy querido. No conocia la diferencia de nuestras fortunas, ni la distancia de nuestro nacimiento, y nada podia contener los efectos de mi corazon. Yo no me he mudado, yo soy la misma; pero he sabido lo que ignoraba, y no te temo, sino me temo á mí misma. Soy jóven, te debo todo lo que soy, y te amo. Sí, Marques mio, te amo, te lo repito con placer, y no tengo vergüenza de amarte. Desde los primeros momentos que te conocí, te amé. Este amor ha crecido cada dia en mi corazon, y este sentimiento es el único que me hace amar la vida.

Tus beneficios podian hacer mi existencia ménos penosa; pero tu amor solo podia hacer mi felicidad. Yo no conocia otra, que la de pensar en tí, conservar tu amistad, y merecer la estimacion de mi único amigo y protector. No tenia otro deseo que verte, leer en tus ojos que mi presencia te causaba alegría; con esto solo yo era dichosa. ¿Porqué pues me han quitado una felicidad tan grande? ¿No me la pudieras volver, Marques mio? Pero ¡ay! yo siento que no me la puedes volver.

Me has dicho que presto no me volverás á importunar. ¡Qué cruel espresion! No me es posible sufrir la idea de ser causa de tus penas. Abandonando el lugar en que te veia con libertad, he obedecido á consejos prudentes; pero no es para huirte, ni para dejar de verte. Yo puedo hacerlo en el convento, y si tambien quieres absolutamente que deje este asilo, tambien le dejaré, y someteré mi conducta entera á tu soberana decision. Por dar consuelo á tus disgustos, no hay nada á que no me disponga; pero yo interpelo tu generosidad».

El Marques leía con una emoción muy viva, y cuando acabó exclamó con lágrimas: ¿cómo he sido tan tirano que haya forzado á Paulina á escribirme así? ¡Qué ternura! ¡Qué bondad! ¡Qué alma tan noble y generosa! ¡Qué! Paulina adorable, ¿yo sería capaz de envilecerte, de abusar de tu amor, y engañar tu noble confianza? ¡Ah! no lo temas de tu amante, de tu amigo, del amigo que te respeta. Perezca el hombre injusto y cruel, que compra su felicidad á costa de una dulce y sensible criatura, y por un grosero y rápido placer la priva de la virtud y del honor. Al instante se pone á responderla. La agitación de su alma no le permitió dar mucho orden á su papel; pero la daba gracias de sus expresiones. Se quejaba tiernamente de que pudiese temer sus intenciones. ¿Cómo has podido recelar, la decía, que tu amigo quisiera ser tu tirano? Y acababa por decirle, que iría á verla, y que la diría cosas que le costaba mucha pena decírselas.

Paulina estaba con Doña Angela cuando recibió este papel, le tomó temblando, y le tuvo en la mano largo tiempo sin abrirle. Una palidez mortal la cubría el semblante. Al fin le abre, y lágrimas de alegría se le inundan. Aquel papel consolador calmó sus inquietudes: mil veces le besó, y otras mil le estrechó contra su corazón, y decía con un tono de júbilo alborozado: perdóname, amigo. Yo no debía temerte; pero luego volviéndole á leer, se inquietó de lo que decía al fin, y preguntaba a Doña Angela: ¿qué será lo que tiene que decirme, y que le cuesta tanta pena? ¿Será que no quiere verme más, que se va á separar de mí? Paulina esperó con impaciencia que el Marques viniera. Cada instante se le hacía un siglo, y su inquietud creció cuando vió que la noche había llegado sin que pareciera; pero al otro día por la mañana recibió un nuevo papel del Marques de este tenor.

«¿Cómo tendré valor para escribirte? ¿Cómo podré anunciarte mi partida, los motivos de ella, y la necesidad de una separación eterna entre nosotros? Sí, adorable Paulina, es menester separarnos, y que yo me despida de tí para siempre. El honor, la gratitud, la religión, y mi palabra, todo me esfuerza á sacrificio tan cruel. ¡Qué pena es para mí, que yo no sea dueño de mi mano! Ya he perdido toda esperanza... Pero ¡ay! ¿la he tenido jamás? No, jamás me he lisonjeado con idea tan dulce. Mi culpa sola es haber dejado correr mi pasión sin contenerla, y haber quizás contribuido á la tuya. ¿Me perdonarás tú, la dulce amiga de mi corazón? ¿No me despreciarás? ¿No me aborrecerás?

Acaba de decidirse toda la desgracia de mi vida. Ha tiempo que se me proponía la boda de la hija de los Condes del Risco, que habitan en Valencia, y que yo esperaba no podría efectuarse por obstáculos diferentes; pero ayer mi pariente el Ministro los ha vencido todos, y quiere que mañana parta para presentarme á la familia. Todo está dispuesto para que nos casemos á mi llegada. Vé aquí, Paulina, mi terrible suerte. Yo voy á casarme... y no es contigo.

Yo esperaba gozar más tiempo de mi libertad, porque creí que la boda dependía de la decisión de mi pleito. El Conde del Risco esperaba la resulta para resolverse; pero mi pariente, haciéndome donación de sus bienes, lo ha determinado, y su generosidad me hace esclavo.

¿Te rogaré que me olvides? No, ni yo podré hacerlo, ni deseo que tú lo hagas. Tú estarás siempre presente á mi memoria, y á mi corazón. Yo te escribiré, te hablaré de mi

estimacion, de mi amistad, y aunque no de mi amor, no sé si podré perderle. Yo sé que voy condenado á un eterno disgusto; pero ¿qué he de hacer? Así lo quiere el cielo, y lo exigen mi reconocimiento y honor. En cuanto á tí, vive tranquila, vive dichosa. Si la memoria de un constante y verdadero amigo te arranca algun suspiro, pido al cielo que no sea doloroso... No me es posible contener mis lágrimas, que borran lo que escribo. ¡Oh, amiga generosa! tú las derramarás tambien; pero que no sean tan amargas como las mias. Yo sé lo que pierdo, y que soy el mas desgraciado de los hombres».

¡Cómo se quedó Paulina con esta lectura! Mil veces la interrumpió para desahogar su llanto y sus gemidos. Ya se va, decia: ya no volveré á verle, y va á unirse con su esposa feliz, y me dice: que yo viva tranquila y dichosa. ¡Tranquila sin él! ¡Dichosa léjos de él! ¡Ay! ¿cómo es posible? Todo el dia pasó en estas tristes agitaciones: ¡qué crueldad! repetia. Si su honor le obligaba á partir, debia hacerlo; pero ¿porqué partir sin verme, sin hablarme? ¿Temia que yo fuese tan vil, que le disuadiera de lo que la razon, y la religion le prescribian? En fin ella estuvo enferma muchos dias; pero los consuelos de Doña Angela, y la vuelta de Tomasa, que venia todos los dias á verla, consiguieron sosegarla un poco. Ella decia, que jamas habia esperado nada, que debia someterse á su suerte, y desear que el Marques fuera feliz.

Dos meses pasáron de este modo. Paulina recibia todos los correos cartas del Marques; pero jamas la decia en ellas si ya se habia casado, o no. Paulina no se atrevia á preguntárselo; pero impaciente y disgustada de su situación, un dia que sus amigas Angela y Tomasa estaban juntas, las dijo: miéntras podia ver al Marques, la vida me era dulce. Yo la amaba, porque pasaba una parte en verle, y otra en pensar en él; pero ahora que no puedo verle, y que no debo pensar en él, pues que va á casarse con otra, me importuna; ¿qué puedo pues hacer ya en el mundo? Ya que no me es posible dejar esta tierra de desgracias, quisiera á lo ménos sepultarme en ella, y atarme con cadenas tan fuertes, que yo misma no pueda desatarlas. Yo he pensado pues, amigas, tanto por mi propio reposo, como por el del Marques, tomar aquí el hábito de Religiosa y pronunciar los votos irrevocables. De este modo mi imaginación sujeta con el orden de la disciplina y la regla, no volará á las regiones en que ya no le es permitido ir, y el Marques, sabiendo que estoy muerta para el mundo, podrá calmar la suya, y gozar de su felicidad con ménos zozobra.

Angela y Tomasa se sorprendieron con esta proposicion, y la dijéron que era muy seria para no meditarla mucho. Yo no tengo que meditar las dijo: el mundo es malo para mí. Desde que no puedo encontrar al Marques, todo lo demas me debe importunar, y ya que al deseo de mi propio reposo, añado la idea de que este sacrificio puede contribuir al suyo, nada me puede costar, y en esta sola esperanza hallo una inmensa recompensa. No me separeis, amigas, de un pensamiento, que es la única felicidad que me queda. Y dejadme tambien espiar á los ojos de Dios el delito de haber entregado á una criatura todo mi corazon. Las dos la respondieron, que no era su intencion desviarla de idea tan cristiana, y solo la pedian que se tomase algun tiempo para examinar mejor su resolucion. Quedó pues convenido, que si dentro de tres meses persistia en la misma idea, tomaria el hábito.

Tomasa que queria distraerla de sus penas la contó, que una parienta suya, que vivia en Ocaña, casaba á una hija suya con un hombre muy rico, que la habia convidado para la boda, y la pidió que viniera con ella. Paulina resistió mucho tiempo. Tomasa la replicó, que esta era la última fineza que podía hacer por ella, y se lo suplicó tanto, que al fin se vió forzada á consentir. Encargó á Doña Angela que la enviase con un propio las cartas que la vinieran del Marques, y partió con Tomasa. Por desgracia pasó mucho tiempo, sin que el Marques escribiera á Paulina, temia que la privase hasta de esta señal de su amistad.

Un dia después de la boda y de las fiestas llegó un caballero de Madrid, que estaba convidado para ellas, y como se le daban quejas de que llegase tan tarde, respondió: ¡pues qué! ¿No ha llegado hasta aquí la novedad? ¿Se ignora aquí todavía, que el Ministro ha sido depuesto, y está en prision con otros muchos, y que su sobrino el Marques de San Leandro ha sido desterrado? Al tiempo que decia estas palabras, entraba Paulina á la pieza en que estaban, se detuvo, y se apoyó sobre una silla para escuchar todo lo que decia.

El caballero continuó diciendo: nadie sabe porqué; pero el Ministro está estrechamente encerrado, y han tomado todos sus papeles. Muchas personas de su confianza están presas, y el Marques de San Leandro, que era el que trataba mas con él, ha recibido el órden de no parecer en Madrid. Ahora estaba en Valencia, porque iba á casarse con la hija del Conde del Risco; pero habiendo este sabido la desgracia de su pariente, se le mostró frio, y el Marques picado ha roto la boda. No es ésta toda su desgracia, pues tambien estaba para verse su pleito, y todos dicen, que despues de la desgracia del Ministro, ciertamente lo perderá.

Tomasa oyendo esto, se levantó, fué al sitio en que estaba Paulina, y enlazándose con ella por el brazo, la sacó de la pieza, la ayudó á marchar, y la llevó á su cuarto; pero Paulina estaba tan pálida, desanimada y yerta, que parecia insensible. Sus ojos estaban estúpidos, y no acertaba á hablar. Tomasa la persuadia que llorase; pero ni esto podia, hasta que mirando fijamente á su amiga, y levantando las manos al cielo dijo: ¡Dios mío! ¿porqué no me has quitado la vida antes de saber que el Marques es infeliz? Entónces sus lágrimas que se redobláron con abundancia, aliviaron algo la opresion de su pecho; pero ¡qué gritos salieron de sus labios! ¡Que, decia, perdido, arruinado, desterrado! ¡Santo Dios!

De repente se sosiega, enjuga sus lágrimas, toma las manos de Tomasa, la mira un instante, baja los ojos, los vuelve á levantar y parece como que duda si le dirá su pensamiento. Al fin la dice: yo te aflijo, amiga, y quizas voy á enfadarte; pero yo invoco tu amistad, y te ruego por ella, que no te opongas á mis designios. Aquí me ha ocurrido una idea, y por Dios que no me des razones, ni me hagas discursos. No, Tomasa mia, yo no abandonaré al Marques. El está perdido, su boda está deshecha, su fortuna destruida, al fin está afligido, y es infeliz. No, Tomasa, yo no le abandonaré: mi ánimo es vender cuanto me ha dado, juntar todo el dinero que pueda, y llevárselo yo misma. Sí, yo se lo quiero llevar, ponerme al instante en camino, é irlo a encontrar donde estuviere. Puede ser que mi vista le alivie, le consuele, y sino puedo consolarlo, á lo ménos le acompañaré en sus penas; sufriré, gemiré y moriré con él.

Tomasa espantada se disponia á responderla; pero ella se lo embaraza, diciéndola: no, no me digas nada, no me digas nada. No me hables del qué dirán, ni de los crueles miramientos del mundo. Yo desprecio todas esas ridículas decencias que obligan á la ingratitud y la dureza. Como si la amistad no tuviera tambien sus santas leyes. Como si hubiera mayor decencia que la del reconocimiento. ¿Y á quién debo yo tanta sujecion? Yo no tengo parientes; si lo que hago es indecente, la vergüenza caerá sobre mí sola. Cuando no estuviera ya resuelta á tomar el hábito religioso, esto solo me determinaria para venderlo todo, pues no habré menester nada.

Tomasa era muy honrada para no aprobar una parte de los designios de su amiga, y en cuanto á irle á buscar, la vió tan decidida, que no se atrevió á decirle nada, temiendo que no conseguiria otra cosa que afligirla mas. No la dijo pues nada, y esperó que con el tiempo podria hacerla entender mejor la razón: pero instada por Paulina dió todas sus disposiciones para la vuelta. En el camino se acordó de un cierto viejo, llamado Don Lázaro, criado antiguo del Marques que solia acompañarle cuando venia á tomar lecciones de pintura, y en quien tenia mucha confianza. Lo primero que hizo cuando llegó al convento fué escribirle un papel, pidiéndole que fuera á verla.

Don Lázaro fué corriendo, y la presencia de un hombre que amaba, y era amado del Marques, la escitó una emocion muy viva. Quiso explicarse, empezó á hablar, pero las lágrimas se lo impidieron. El buen anciano, encantado de ver la maestra de su amo, procuró sosegarla, y se le ofreció á cuanto le mandara. Paulina le abrió su corazón, le habló de los beneficios del Marques, de su reconocimiento, y poniéndole en la mano sus alhajas, diamantes, y el caudal que tenia, le pidió que hiciera dinero de todo, y se lo llevase al Marques; pero exigió su palabra de honor de que jamas le diria la mano que se lo enviaba. Don Lázaro estaba tan admirado de lo que veia, que no acertaba á hablar. Paulina, temblando de su silencio, le pregunta ¿si duda servirla? No señora, la responde. Yo haré lo que me mandeis, y cumpliré con fidelidad vuestro encargo; pero permitidme deciros, que mi amo ha sabido colocar bien las aficiones de su corazon. Quisiera el cielo restituirle su pariente, su fortuna y su salud, y le conserve siempre una amiga tan digna y respetable como vos.

¡Su salud! esclama Paulina. ¿Pues qué está, enfermo? -No os inquieteis, señora. Lo ha estado, y mucho; pero ya está mejor, y yo me dispongo á ir á verle. Despues de algunos otros discursos, Paulina le apresuraba á que se fuera, para que no retardara un instante su comision. El la saludó respetuosamente, se retiró; pero el corazon de Paulina quedó herido con otra nueva flecha. El Marques está enfermo, y quizá de peligro. No era posible sostener esta idea. El silencio de Tomasa la habia acobardado, y el temor de disgustar á una amiga tan buena, habia enfriado un poco su resolución; pero cuando supo que el Marques estaba enfermo, nada la pudo detener. Se lo escribe á Tomasa y la pide con tanta instancia que la procure, y envíe una calesa, asegurándola que Doña Angela iria con ella, que al fin de temor que no tomase otro partido mas violento, la envía una calesa con un criado de confianza que la acompañe, y Paulina y Doña Angela se ponen en camino.

Llegan á la casa en que el Marques estaba, y como los dos criados conocian á Paulina, luego que la vieron corren á avisárselo á su amo. El Marques no podía creerlos; pero ella

entra, él la ve, y duda todavía. El estaba en la cama. Ella se le acerca temblando. El dando un grito de gozo, la tiende la mano. Ella la toma, la besa, y la inunda con sus lágrimas. ¿Es Paulina? decía: ¿es mi querida Paulina? ¡Dios santo! ¡Qué favor! Siéntate aquí a mi lado, Paulina mía. ¡Mi amada amiga se ha dignado de venirme a ver! ¡Qué dulce amistad! ¡Qué agradable sorpresa! Yo no esperaba una fineza tan preciosa. ¿Y porqué no la esperábais, le respondió Paulina? ¿Pensais que yo soy de esos falsos amigos, que se alejan de la desgracia? ¿Me teneis por insensible ó por ingrata? ¿No sabéis que vos solo sois para mí todo el universo? Si mi presencia, si mis atenciones pueden aliviaros, aquí estoy. Todos los momentos de mi vida os serán consagrados.

El semblante del Marques, pálido ántes, se puso entónces encarnado. Tomó las manos de Paulina, las besó y dijo con una especie de exclamacion: ¡y yo era capaz de sacrificar mi única felicidad á vanos miramientos! ¡Mi único deseo al capricho de otros! El iba a continuar; pero se oye un grande rumor en la antesala: era Don Lázaro que venia entre los criados, que lo traían en peso, y entró gritando: ¡Albricias! ¡albricias! señor, todo es felicidad, vuestro pariente el Ministro se ha justificado. Ya está otra vez en su empleo, y sus acusadores en prisión. Ayer vuestro pleito se ha visto, y vos le habéis ganado con costas. Yo estaba loco de gozo, y no he querido que otro os diese tan buenas noticias.

¡Qué me dices Lázaro! ¿Mi pariente está reintegrado, y yo he ganado mi pleito? ¡Santo Dios! ¡Cuántos favores de tu bondad! ¡Cuántas gracias te debe mi corazon! Y para hacérmelas mas preciosas tú me dispensas tantas misericordias cuando ménos lo esperaba. ¡Cuánta debe ser mi gratitud! Yo te bendigo, Dios piadoso, no permitas que yo goce de tantos bienes, sino para tu gloria. En fin, Lázaro mio, pues que Dios me ha hecho rico; ya puedo seguir las inspiraciones de mi corazon. Ya puedo pagar el amor que debo, y recompensar por fin tantas finezas y virtudes. Ven, amada Paulina, ven y abraza á tu esposo, y volviendo á sus criados, les dijo: reconoced á mi muger, que es ya ama vuestra. Los criados que la adoraban se derretian en lágrimas de alegría, y fueron todos á echarse á sus pies. El Marques se volvió despues a Don Lázaro, y le dijo: celoso y honrado amigo, pues que tú eres el primero que me has traído las noticias que me permiten casarme con Paulina, sé el primero también que la estreches entre tus brazos.

No se oían entónces en aquel cuarto más que gritos de alegría. Paulina era amada, respetada, y todos sentían que era digna de la prosperidad de que iba á gozar. Doña Angela levantaba las manos al cielo, le daba gracias, abrazaba á su amigo, y echaba bendiciones sobre el Marques y ella. Don Lázaro, faltando al secreto que se le había encargado, contaba a todos la acción generosa de Paulina. Ella sola estaba inquieta, temblando por la salud del Marques; pero todos la tranquilizaron, la hicieron ver que aunque todavía débil, ya estaba convaleciente, y que tantas satisfacciones debian restituírle la salud.

En efecto, el enfermo aliviándose cada instante más con tan dulces remedios, no tardó en restaurarse, y poco tiempo despues se unió con el vínculo sagrado á su amada Paulina. ¿Quién puede describir la felicidad de amantes tan nobles, tan honestos y desinteresados? Tomasa y Doña Angela fueron sus amigas inseparables, y este matrimonio feliz se vió multiplicar en muchos bellos y amables hijos.

